

**Steve
Clark**
**Bautizado
en el Espíritu**
y
Dones Espirituales

Dos de los folletos más populares
en la renovación carismática
Ahora en un solo libro.

Bautizado en el Espíritu
y
Dones Espirituales

Steve Clark

Dove Publications
Pecos, Nuevo México

Word of Life
Ann Arbor, Michigan

Dove Publications 1969, 1970
ISBN 0-89283-033-6
Publicado en los Estados Unidos de América

CONTENIDO

BAUTIZADO EN EL ESPÍRITU

1. Bautizado en el Espíritu

- La Vida en el Espíritu
- Bautizado en el Espíritu
- El Don de Lenguas
- Lo que No es
- Recibiendo

2. Entendiendo el Bautismo en el Espíritu

- Hablando de ello
- ¿Dos Eventos o Uno?
- Evaluando al Cristianismo de Hoy
- La Espiritualidad Experimentada
- Plenamente en Cristo

DONES ESPIRITUALES

- ¿Qué son los Dones Espirituales?
- Dones de Enseñanza
- Dones de Señales
- Dones de Revelación
- El Propósito de los Dones Espirituales
- Los Dones Espirituales y la Santidad
- Buscando los Dones Espirituales
- ¿Por qué Ahora?

Bautizado en el Espíritu

*“ . . . serán bautizados en el
Espíritu Santo” (Hechos 1,5)*

1

Bautizado en el Espíritu

Hay un pasaje en el tercer capítulo de la Carta de Pablo a los Gálatas que es cautivador para la mayoría de cristianos. El pasaje es:

¿Están locos, ustedes pueblo de Galacia? ¿Alguien ha lanzado un conjuro sobre ustedes, a pesar de la sencilla explicación que han recibido de la crucifixión de Jesucristo? Déjenme hacerles una pregunta: fue debido a que practicaron la Ley que recibieron al Espíritu, o porque creyeron lo que les fue predicado? ¿Son tan tontos para acabar en observancias externas lo que comenzaron en el Espíritu? ¿Han sido desperdiciados todos los favores que recibieron? Y si fuera así, ciertamente habrían sido desperdiciados en su mayoría. ¿Da Dios el Espíritu tan libremente y obra milagros entre ustedes debido a que practicaron la Ley, o porque creyeron lo que les fue predicado? (Gal 3, 1-5).

El mensaje principal de la carta es que hemos entrado en la relación correcta con Dios (estamos justificados) mediante la fe en Jesucristo más que siguiendo la Ley Judía. En el pasaje de arriba, Pablo está planteando el punto de que los gálatas están retrocediendo en su fe cristiana al concordar con la idea de que la gente necesita ser circuncidada con miras a ser justificada. Su argumento principal es este: ¿no es verdad que experimentaron la obra del Espíritu entre ustedes porque tuvieron fe en el mensaje cristiano y no porque siguieron la Ley? Por ello saben por experiencia que están justificados por fe y no por seguir la Ley.

Lo que es tan cautivador sobre este pasaje es el vistazo que ofrece dentro de la vida de las iglesias cristianas primitivas. La base del argumento de Pablo es la *experiencia* del Espíritu.

Con miras a que este argumento tenga alguna fuerza para los gálatas, ellos tendrían que haber experimentado la recepción del Espíritu y experimentado milagros obrados entre ellos. Si Pablo preguntase a una parroquia moderna de cristianos, “¿Dios les da tan libremente el Espíritu y obra milagros entre ustedes debido a que practican la Ley, o porque creyeron lo que les fue predicado?”, la mayoría de ellos no entendería la pregunta. Su respuesta instintiva sería, “¿Qué significa: ‘Dios nos da el Espíritu tan libremente y obra milagros entre nosotros’? ¿De qué estás hablando?”

El reto de este pasaje para nosotros viene del hecho de que Pablo sencillamente da por hecho que los cristianos a quienes está escribiendo han tenido estas experiencias. Él no siente que tenga que explicar a lo que se está refiriendo o discute si es posible experimentar tales cosas. Él espera solamente que los cristianos a quienes él está escribiendo sepan de qué está hablando. Él espera que ellos hayan experimentado el don del Espíritu y el obrar milagros, y

espera que éstas sean experiencias lo suficientemente distintas y comunes como para que simplemente se refiera a ellas.

Hoy en día en la Iglesia es de nuevo posible referirse a nuestra experiencia del obrar del Espíritu y esperar que la gente sepa de qué se trata. Mientras la renovación carismática crece y se esparce por todas partes de la Iglesia, la gente está empezando a experimentar al Espíritu dado libremente y se están obrando milagros por medio de la fe. En otras palabras, ellos están comenzando a experimentar la vida del Espíritu.

La Vida del Espíritu

Para los primeros cristianos, el Espíritu Santo era una experiencia antes de que fuese una doctrina. Cuando el Señor Jesús estaba sobre la tierra, él prometió que enviaría al Espíritu sobre sus seguidores. Y prometió que el Espíritu Santo haría cosas entre ellos que podían experimentar. Él les dijo que serían “revestidos de poder de lo alto” (Lucas 24, 49), que “recibirían poder cuando el Espíritu venga sobre ustedes, y entonces serán mis testigos . . . hasta los confines de la tierra” (Hechos 1, 8). Él dijo que “el Defensor, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que les he dicho” (Juan 14, 26). Él dijo que sus seguidores conocerían al Espíritu Santo: “Pediré al Padre, y él les dará otro Defensor para estar con ustedes para siempre, aquel Espíritu de verdad a quien el mundo nunca podrá recibir ya que ni lo ve ni lo conoce, pero ustedes lo conocen, porque él está con ustedes, él está en ustedes” (Juan 14, 16-17).

En la vida de la Iglesia Primitiva, el Espíritu Santo era alguien que estaba con ellos y actuaba en medio de ellos. Cuando los cristianos en Jerusalén oraban por valor para hablar del mensaje del Evangelio, “la casa en donde ellos estaban reunidos se sacudió. Todos estaban llenos del Espíritu Santo y comenzaron a proclamar la palabra de Dios con valentía” (Hechos 4, 31). Esteban “lleno del Espíritu Santo” pudo mirar al cielo y ver a Jesús (Hechos 7, 55).

El Espíritu Santo los guiaba. Felipe fue guiado por el Espíritu cuando “el Espíritu dijo a Felipe, ‘Acércate y da el encuentro a ese carro’” (el carro del eunuco etíope), y después de bautizar al eunuco “Felipe fue llevado por el Espíritu del Señor” (Hechos 8, 29-39). Pablo fue guiado por el Espíritu en sus viajes misioneros cuando “viajaron a través de Frigia y el país gálata, habiéndoseles dicho por el Espíritu Santo que no predicaran la palabra en Asia. Cuando alcanzaron la frontera de Misia, pensaron cruzarla hacia Bitinia, pero ya que el Espíritu de Jesús no se los permitió, fueron a través de Misia y llegaron a Troas” (Hechos 16, 6-8).

El Espíritu Santo les hablaba frecuentemente. Cuando algunos profetas vinieron de Jerusalén a Antioquía, “uno de ellos, Ágabo, se puso de pie y predijo por el Espíritu que habría una gran hambruna por todo el mundo, y esto sucedió en los días de Claudio” (Hechos 11, 28). Cuando algunos de los líderes de la Iglesia en Antioquia estaban orando y ayunando, “el Espíritu Santo dijo, ‘Quiero a Bernabé y a Saulo reservados para la obra a la cual los he llamado’”

(Hechos 13, 2). Antes de que Pablo fuese tomado prisionero por los judíos y entregado a los romanos, el Espíritu constantemente mantenía advertido a Pablo sobre lo que sucedería. Pablo describió esta experiencia a los ancianos de Éfeso diciendo, “Estoy en mi camino a Jerusalén, pero no tengo idea de que me sucederá allí, excepto que el Espíritu Santo, en pueblo tras pueblo, me ha dejado suficientemente en claro que la prisión y la persecución me esperan” (Hechos 20, 22-23).

El Espíritu Santo hacía muchas otras cosas entre los primeros cristianos. Pablo lista algunas de las clases de cosas que el Espíritu hace en una comunidad cristiana en 1 de Corintios: “Una persona recibe mediante el Espíritu la manifestación de sabiduría, y otra la manifestación de conocimiento de acuerdo al mismo Espíritu, a otro fe por el mismo Espíritu, a otros dones de sanación, a otro el obrar milagros, a otro profecía, a otro la capacidad de distinguir entre espíritus, a otro diversas clases de lenguas, a otro la interpretación de lenguas. Todos éstos son inspirados por uno y el mismo Espíritu” (1 Cor. 12, 3-11).

Pero lo más importante que hacía el Espíritu Santo por los primeros cristianos era dejarlos experimentar el amor de Dios por ellos y su unión con ellos. En el capítulo octavo de Romanos, Pablo dice, “El Espíritu que recibieron no es el espíritu de esclavos llevando el miedo de nuevo a sus vidas. Es el espíritu de hijos, y nos hace clamar: ‘¡Abba, Padre!’ El Espíritu mismo y nuestro espíritu unidos dan testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom 8, 15-16).

Pablo claramente espera que los cristianos a los que él está hablando hayan tenido una experiencia del amor de Dios dada mediante el Espíritu. Lo mismo es verdad de Juan, quien espera que los cristianos puedan usar su experiencia del Espíritu como una prueba de si ellos están viviendo en Dios o no: “Podemos saber que estamos viviendo en él y él está viviendo en nosotros, porque nos deja compartir su Espíritu” (1 Juan 4, 13).

Todo el Nuevo Testamento está lleno con el hecho de que los primeros cristianos eran capaces de experimentar la presencia del Espíritu en ellos y ver su obra en medio de ellos. Es esta experiencia la que está regresando con la renovación carismática. Las mismas cosas que estaban pasando entonces están sucediendo ahora. Hoy la gente está reportando experiencias de ser llena del Espíritu, de ser guiada por él, de haberle hablado. Ellos describen experiencias de palabras inspiradas, de profecía, de discernimiento, de espíritus, de sanación, de milagros. En otras palabras, muchos cristianos están comenzando a vivir la vida del Espíritu.

La vida del Espíritu es una vida en la cual un cristiano puede experimentar al Espíritu Santo viviendo en él y obrando a través de él. La mayoría de cristianos hoy no están viviendo la vida del Espíritu. Ellos viven sus vidas cristianas sobre la base de la doctrina. Se les enseñó de Cristo y de cómo vivir como cristianos. Ellos decidieron hacerlo y han estado intentando reproducir sus vidas de acuerdo a la enseñanza de Cristo. Ellos creen que Cristo es real y que los escucha y ayuda. Pero no sienten que tengan gran contacto con él. No experimentan su presencia ni ven suceder las cosas que puedan contar como su obrar.

La vida del Espíritu cambia eso. Cuando una persona está viviendo la vida del Espíritu, sabe por experiencia que el Espíritu Santo está en él. No tiene que “asumirlo con fe” en el sentido de creerlo sin ninguna experiencia que indique que es cierto. Cuando una persona está viviendo la vida del Espíritu, empieza a experimentar al Espíritu Santo haciendo posible para él alabar a Dios y adorar a Dios con una nueva libertad. Él experimenta al Espíritu Santo haciendo a las Escrituras venir a la vida y dando a las doctrinas cristianas un nuevo significado. Él experimenta una nueva capacidad de hablar con la gente de Cristo, y una profunda paz y gozo.

La vida del Espíritu también involucra una experiencia de una nueva clase de vida comunitaria, una comunidad viviendo “en el Espíritu”. La vida del Espíritu no está destinada a ser una vida individual. El Espíritu es dado para formarnos dentro del cuerpo de Cristo, y la vida del Espíritu es una vida vivida por comunidades así como por individuos. Una persona que es parte de una comunidad que está viviendo la vida del Espíritu puede experimentar a la comunidad siendo guiada en adoración por el Espíritu, siendo guiada por el Espíritu, siendo enseñada por el Espíritu. La comunidad como un todo experimenta la presencia del Espíritu.

Cuando hablo de “experimentar” cosas, no necesariamente tengo algo emocional en mente. “Experiencia” para nosotros significa frecuentemente “emoción” o “sentimiento”. Decimos que algo es “una experiencia” si queremos decir que es un gran evento o un suceso impactante. Sin embargo, podemos tener experiencias que no son especialmente emocionales. Supongamos que conozco al amigo de mi primo. Puedo haber oído de él antes, así sabría que existía. Luego lo conozco, y “experimento” el hecho de que existía. El encuentro podía no haber sido particularmente emocional o impactante, pero la diferencia es que antes apenas había escuchado de él y ahora lo conozco por experiencia. Este es el sentido más importante en el cual experimentamos al Espíritu Santo.

Antes de que escuchara por primera vez sobre la renovación carismática, había querido experimentar la vida del Espíritu. Siempre había sabido que lo que pasó en el Nuevo Testamento y entre los grandes santos podía pasar hoy. Nunca pude ver por qué no debiera pasar ahora, entre nosotros, si Dios es el mismo. Y siempre quedé poco convencido por el argumento de que las obras del Espíritu eran solamente para los inicios de la Iglesia, para comenzarla. Si alguna vez la Iglesia necesitó la obra del Espíritu para hacerla eficaz y viva en el mundo, es hoy.

Sabía también que la presencia y obrar del Espíritu debe ser algo más que sólo interpretar circunstancias o eventos como la obra del Espíritu. Muchos cristianos hoy saben que el Espíritu Santo debería estar en sus vidas, y por ello deciden interpretar lo que les sucede como la obra del Espíritu. Si las circunstancias resultan de un cierto modo, aquello es el Espíritu guiándolos. Si alguien les dice algo útil, aquello es el Espíritu hablándoles. Si tienen una buena idea, aquello es el Espíritu inspirándoles. Nunca me he sentido muy bien con esta perspectiva. Siempre supe que la experiencia del Espíritu Santo para

los primeros cristianos y para los grandes santos fue más que interpretar lo que les sucedió como la obra del Espíritu. Era una experiencia distinta, reconocible.

Mi primer contacto con la renovación carismática vino por medio de la lectura de *La Cruz y el Puñal*. En aquella historia, podía ver que la dirección del Espíritu podía ser algo que una persona experimenta y no sólo algo que él podría deducir de las circunstancias. Y podía ver que lograba resultados. Podía ver también en aquella historia que el Espíritu Santo tenía el poder para curar a la gente de la adicción a las drogas mucho más eficazmente que los métodos psicológicos. Poco después de aquello, leí sobre el don de lenguas y lo que podría significar para una persona. Descubrí al mismo tiempo que muchas personas estaban experimentando el obrar del Espíritu del que yo estaba leyendo.

Pronto comencé a hablar con gente que tenía experiencias de ser llena del Espíritu. Amigos míos empezaron a contarme sobre una nueva capacidad de orar como resultado del Espíritu Santo. Ellos compartieron sobre el orar por gente por su sanación, y los resultados que vinieron de ello. Me contaron sobre el don de profecía, y como estaba regresando a su uso. Y pronto comencé a experimentar todas estas cosas yo mismo. Empecé a ver desde la experiencia personal que el Señor haría por nosotros hoy todas las cosas que hizo por los primeros cristianos.

También he llegado gradualmente a experimentar una comunidad cristiana que vive en el Espíritu y crece en la vida en el Espíritu. He participado en reuniones regulares de adoración en donde hay un espíritu libre, espontáneo de adoración y alabanza, y donde el Espíritu de Dios ha dado lugar a una extraordinaria unidad entre gente muy diferente. He visto al Espíritu dando dirección a la comunidad como un todo, con el mismo mensaje viniendo a través de mucha gente, con frecuencia independientemente unos de otros. He visto a un pueblo unido y creciendo en cifras, no tanto debido a un plan, sino debido a que el mismo Espíritu estaba viviendo en ellos.

Estaba convencido en una etapa inicial que necesitábamos estas obras del Espíritu si la Iglesia iba a permanecer viva y a hacer progresos en el mundo de hoy. Sabía por mi propia experiencia al tratar de llevar a la gente a la fe en Cristo, que alguna clase de poder era necesaria. Y mientras comenzaba a ver que estas cosas no tenían que pasar esporádicamente, sino podían pasar regularmente (“tan libremente” como Pablo decía a los Gálatas), comencé a convencerme que éstas eran normales para los cristianos. La vida en el Espíritu –la vida en la cual una persona experimenta la presencia del Espíritu y su obrar- es la vida cristiana normal.

Cuando digo “normal” no quiero decir “promedio”. No quiero decir que la mayoría de cristianos hoy estén experimentando estas cosas. No lo están. Sino que quiero decir que la vida en el Espíritu es la “norma” para la vida cristiana. Esta es la manera en la que estaba prevista. Ésta debiera ser el modelo esperado. No hay ninguna buena razón de por qué no puede ser.

Mi experiencia ha sido que a la mayoría de cristianos les gustaría vivir la vida del Espíritu, pero que ellos no saben cómo empezar. A los católicos especialmente se les ha enseñado mucho sobre la vida espiritual. Ellos saben mucho de ella. Muchos de ellos han renunciado a mucho e ingresaron a órdenes religiosas para poder vivir una vida espiritual más profunda. Pero ellos frecuentemente no saben cómo comenzar. Ellos no saben cómo entrar en contacto con el Espíritu que les permita experimentar su presencia y les permita producir la vida espiritual en ellos. Así, es importante entender lo que es ser bautizado en el Espíritu, porque la vida del Espíritu solamente se hace posible luego de haber sido bautizados en el Espíritu.

Bautizado en el Espíritu

Podemos entender mejor lo que significa estar bautizado en el Espíritu al ver lo que sucede a la gente cuando es bautizada en el Espíritu. El Nuevo Testamento contiene cierto número de pasajes que describen a la gente recibiendo al Espíritu. A partir de estos pasajes podemos descubrir algunas cosas interesantes.

En el capítulo decimonoveno de Hechos, Pablo viene a Éfeso. Cuando él llega, se encuentra con un grupo de “discípulos”. Probablemente notó algo que faltaba inmediatamente, porque comenzó por hacerles una pregunta: “¿Recibieron al Espíritu Santo cuando se convirtieron en creyentes?” Ahora, piensa en qué extraña pregunta es esta. ¿Qué diría un grupo de cristianos modernos a esto? Probablemente, “¿Qué quieres decir con ‘recibir al Espíritu Santo’?” Como una cuestión de hecho, esa es casi la respuesta que el grupo de discípulos dio a Pablo. Ellos le contaron que no habían escuchado de una cosa tal como el Espíritu Santo el cual pudieran recibir. Pero lo que es extraño en la pregunta es que Pablo esperaba que ellos supieran la respuesta. Él esperaba que pudiesen decir si es que habían recibido al Espíritu Santo o no.

Cuando Pablo escuchó su respuesta, supo que no eran aún plenamente cristianos, y por eso les contó las buenas nuevas de Jesús. “Cuando ellos escucharon esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús, y en el momento en el que Pablo les impuso las manos el Espíritu Santo cayó sobre ellos, y comenzaron a hablar en lenguas y a profetizar”. Cuando Pablo había terminado, estos discípulos habían recibido definitivamente al Espíritu Santo. Ellos lo supieron, y por eso lo hizo. Hubo un cambio en ellos.

La misma venida definida del Espíritu Santo caracteriza los pasajes de Hechos en donde hay una descripción de lo que pasaba cuando los cristianos recibían al Espíritu Santo. Esto fue ciertamente verdad en Pentecostés. En Pentecostés, la venida del Espíritu Santo se manifestó con “algo que sonaba como un viento fuerte del cielo” y “algo que parecía como lenguas de fuego”. Pero también hizo un cambio distintivo en los apóstoles, porque ellos empezaron a hablar en lenguas e incluso lucían como si estuviesen borrachos.

Lo mismo fue verdad cuando el Espíritu vino sobre el grupo de Samaritanos que habían creído debido a la predicación de Felipe. Pedro y Juan vinieron y

les impusieron las manos “y recibieron al Espíritu Santo” (Hechos 8, 17). Hechos luego sigue diciendo: “Cuando Simón vio que el Espíritu era dado mediante la imposición de manos por los apóstoles, él les ofreció algo de dinero”. En otras palabras, el don del Espíritu Santo era suficientemente obvio y bueno que Simón podía ver que algo estaba pasando y que sería digno de una pequeña inversión para obtener el mismo poder.

Finalmente, lo mismo pasó cuando el Espíritu Santo vino sobre Cornelio y sus amigos. Pedro y algunos otros cristianos fueron a la casa de Cornelio, porque Dios insistió en ello, y ellos le contaron las buenas nuevas. Sin embargo, quedaba claro a lo largo de todo ello que Pedro y los otros cristianos judíos no se inclinaban a sentir que estos gentiles podían convertirse en cristianos. Pero “mientras Pedro aún estaba hablando, el Espíritu Santo vino sobre todos los oyentes. Todos los creyentes judíos que habían acompañado a Pedro estaban sorprendidos por que el don del Espíritu Santo debiese derramarse también sobre los paganos, ya que ellos los podían escucharlos hablando en lenguas extrañas y proclamando la grandeza de Dios. Pedro mismo dijo entonces: ‘¿Podría alguien negar el agua del bautismo a estas personas, ahora que han recibido el Espíritu Santo tanto como nosotros?’” (Hechos 10, 44-47). En otras palabras, la venida del Espíritu Santo sobre estos paganos produjo un cambio definido, manifiesto. El cambio tenía que ser obvio para los cristianos judíos para aceptarlo.

De los pasajes en el Nuevo Testamento, queda claro que cuando la gente es bautizada en el Espíritu Santo, lo saben. Ellos experimentan al Espíritu viniendo a ellos de manera tal que lo puedan reconocer. Ellos pueden reconocerlo no sólo en sí mismos sino también en los demás. El resultado de estar bautizado en el Espíritu es que el Espíritu entra en sus vidas y comienza a hacer que las cosas pasen de un modo que pueden experimentarlo.

En nuestros días, la gente está experimentando lo mismo. El Espíritu Santo está viniendo a la gente de una manera en que lo saben y pueden reconocerlo desde la experiencia. Crecientes cifras de personas están siendo bautizadas en el Espíritu de un modo que es similar a lo que pasó en el Nuevo Testamento.

Lo que sucede en el momento cuando la gente es bautizada en el Espíritu varía mucho. Una persona con la que oré por la venida del Espíritu dijo que sintió que una corriente eléctrica estaba corriendo a través de él. Otro sintió “un calor extraño” llenándolo. Muchos simplemente sienten una paz profunda, o un gozo. Algunos incluso ríen. Pero la parte más importante de lo que pasa cuando una persona es bautizada en el Espíritu no es alguna sensación física o emoción. Es el cambio que viene de tener al Espíritu Santo vivo en nosotros de una nueva manera. Es una nueva clase de contacto con el Señor. Las personas han descrito de las siguientes maneras:

Inmediatamente estaba lleno de paz. Y no era sólo una sensación. Creo que podría ser descrito mejor como si conociese a Jesucristo sin verle. Era tan sólo como si Jesucristo se me apareciera y dijese: “Hola”. Era así como si lo conociese de todo el tiempo. Aquella noche fue el gran punto de quiebre en mi vida.

La semana siguiente fui bautizado en el Espíritu y hablé en lenguas inmediatamente. Ha hecho todo el cambio del mundo. Ahora dijo que creo en Dios, pero no debido a una teoría, sino porque lo he conocido.

En una asamblea de oración había silencio y estaba meditando. Me parecía como si tuviese un don que dar en respuesta al amor de Cristo, y sería yo mismo. Y entonces algo muy curioso sucedió. Fue en gran medida como si viniese la palabra: "hazlo". Así que dije: "OK". Luego de terminada la asamblea de oración, por si fuera poco subí a la capilla, me arrodillé y dije: "No lo entiendo pero, está bien". Salí de la capilla y empecé a sentir una felicidad tremenda, más de la que alguna vez haya sentido en mi vida. Fue quizás una semana después de que oré en lenguas. Hay resultados. Básicamente tú ya no sigues perdido y preguntándote quién es Dios. Sabes que Jesucristo ha resucitado, te ama, y está interesado en ti personalmente.

En otras palabras, el mismo tipo de realidad está sucediendo ahora como le pasó a los primeros cristianos. Y de las experiencias que la gente está teniendo ahora, podemos obtener las mismas lecciones: que cuando el Espíritu Santo viene a ellos, ellos lo saben; que la gente puede experimentar al Espíritu Santo viniendo a ellos de una manera que pueden reconocer; y que el resultado de ser bautizado en el Espíritu Santo es un cambio en sus vidas que implica experimentar al Espíritu Santo en sus vidas de una nueva manera.

¿Qué es entonces ser bautizado en el Espíritu Santo? Quizás la descripción más obvia de lo que pasa cuando una persona es bautizada en el Espíritu Santo es que el Espíritu Santo viene a ésta de una manera en la que lo puede conocer. Como resultado de esta venida del Espíritu Santo, ésta experimenta un nuevo contacto con Dios.

Pero hay algo más con ser bautizado en el Espíritu que eso. Cuando una persona es bautizada en el Espíritu, el Espíritu Santo no solamente viene a aquella persona de una nueva manera, sino que él hace un cambio en ella. Su vida es diferente debido a que su relación con Dios ha sido cambiada. Dios está en ésta de un modo en el cual no estaba antes. Él ha hecho su casa en ella de una nueva manera.

Como resultado del cambio que el Espíritu Santo hace en una persona, aquella persona puede luego empezar a experimentar la presencia de Dios en ella. Ésta puede conocer a Dios de una manera en la que nunca lo hizo antes, por experiencia inmediata. También puede comenzar a experimentar al Espíritu Santo obrando en ella de un nuevo modo. El Espíritu la guía, le enseña, le permite conocer a Dios a saber que Dios le ama.

Otra manera de decir lo que es ser bautizado en el Espíritu es que es una introducción a la vida del Espíritu. Es un comienzo, la puerta, a la vida del Espíritu. Lo que hace posible la vida del Espíritu en una persona es la presencia del Espíritu Santo en ésta haciendo todas las cosas que Dios prometió que el Espíritu Santo haría. Por ello, la única manera para que una

persona experimente la vida del Espíritu es respecto al Espíritu Santo, estar en su vida de una nueva manera (crecer en él de un nuevo modo). Debe haber un cambio tal para que el Espíritu Santo comience a hacer todas estas cosas. Cuando aquel cambio ocurre, una persona ha sido bautizada en el Espíritu.

Ser bautizado en el Espíritu es una introducción a la vida del Espíritu, pero también es una introducción a la comunidad cristiana. Puedo recordar la primera vez que fui a una asamblea de oración “carismática”. Me sentí “fuera de lugar”, y solamente en parte porque algunas de las cosas que la gente hacía me eran extrañas, tales como orar con sus manos levantadas. Podía orar con mis manos levantadas, y lo hacía, de algún modo conciente de mí mismo. Pero aún no podía ser plenamente parte de lo que estaba pasando allí, porque ellos habían experimentado algo que yo no. El Espíritu estaba moviéndose en ellos tanto individualmente como grupo de una manera en la que no se estaba moviendo en mí. Necesitaba algún modo de “meterme” en lo que ellos estaban “metidos”. O más bien, debiera decir, necesitaba dejar que se me metiera.

Si una comunidad está viviendo en el Espíritu, la única manera de adquirir la vida de aquella comunidad es ser bautizado en el Espíritu. Una persona no puede sencillamente afiliarse. Incluso si ésta se encuentra “afiliada” no podría tomar parte en su vida. Y ya necesitamos una comunidad que esté viviendo en el Espíritu para vivir nosotros mismos en el Espíritu, ser bautizados en el Espíritu no debiera solamente significar adquirir una nueva vida con el Espíritu. Normalmente debiera significar adquirir una comunidad también. “En un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo” (1 Cor 12, 13).

Ser bautizado en el Espíritu es sólo un comienzo, una introducción. Nos pone en la clase de relación con Dios que hace posible para nosotros vivir la vida del Espíritu. Si no nos damos cuenta de que es solamente un comienzo sino en vez de ello comenzamos a pensar de éste como una experiencia espiritual de una vez que es un fin en sí misma, podemos desarrollar algunas malas actitudes. Por ejemplo, un error es la actitud de que una vez que he tenido una experiencia del Espíritu Santo, lo he “atrapado”. De ahora en adelante, a través de toda mi vida, estaré contado entre aquellos que lo han “atrapado”. De esta clase de conversación, una persona podría recibir la idea de que Dios está principalmente preocupado por quien ha tenido alguna vez esta experiencia y quien no. Aquellos que la han tenido son los corderos, y aquellos que no son las cabras.

Una vez que somos bautizados en el Espíritu, no lo hemos “atrapado”. Pero podemos tenerlo. “Éste” es el Espíritu Santo viviendo en nosotros y obrando a través de nosotros. Una vez que hemos sido bautizados en el Espíritu, podemos tener al Espíritu Santo vivo en nosotros y obrando a través de nosotros. Hemos experimentado al Espíritu Santo de una nueva manera y aquella experiencia hace posible para nosotros vivir con él de una nueva manera. Pero aquella experiencia no es una garantía de que siempre estaremos así. La gente que ha sido bautizada en el Espíritu Santo puede acabar mucho más lejos de Dios y de la vida del Espíritu que la gente que no lo ha sido. Y en lo que Dios está interesado no es en gente que alguna vez haya

tenido la experiencia de ser bautizada en el Espíritu, sino que él está interesado en personas que estén ahora viviendo en el Espíritu.

Otra mala actitud que viene de pensar de estar bautizado en el Espíritu principalmente como una experiencia única es la actitud de que una vez que he sido bautizado en el Espíritu tengo todo lo que necesito para vivir la vida cristiana. De alguna manera esto es verdad. El Espíritu Santo es todo lo que necesitamos para vivir la vida cristiana. Pero en cierto modo esto está totalmente errado. Cuando somos bautizados en el Espíritu, estamos en una nueva relación con Dios, pero tenemos que saber cómo crecer en aquella relación. Es como estar casados. Podemos estar plena y completamente casados e incluso no tener una buena vida matrimonial. Podemos estar bautizados en el Espíritu y aún no vivir muy bien en el Espíritu. Tenemos que aprender cómo vivir la vida del Espíritu.

La clave para aprender cómo vivir en el Espíritu es la experiencia de vivir en una comunidad de gente que está viviendo la vida del Espíritu. Ser parte de una comunidad que está viviendo la vida del Espíritu es tan importante que es casi cierto decir que cuando estamos bautizados en el Espíritu, recibimos tanto de la vida del Espíritu como la comunidad de la que somos parte esté experimentando. (Afortunadamente esto no es completamente verdad). Si la comunidad de la que somos parte ha aprendido a rendirse al don de lenguas, hablaremos en lenguas con mucha mayor facilidad cuando estemos bautizados en el Espíritu. Si la comunidad de la que somos parte está cerrada al don de lenguas o tiene dificultad para rendirse a él, será mucho más difícil hablar en lenguas cuando estemos bautizados en el Espíritu. De manera similar, si la comunidad de la que somos parte experimenta la dirección del Espíritu profundamente de manera regular, experimentaremos esto fácilmente y pronto nosotros mismos. Si la comunidad de la que somos parte no sabe lo que es la dirección del Espíritu, tendremos dificultades descubriéndolo por nosotros mismos.

La vida del Espíritu es algo que se comparte con nosotros por la comunidad de la que somos parte. Si la comunidad tiene fe en algo (las lenguas o dirección o sea lo que fuere), podrá impartir aquella fe en nosotros. Hay, desde luego, excepciones. El Espíritu Santo frecuentemente da a un individuo más de lo que la comunidad de la que él forma parte. Pero como regla general, el Señor prefiere trabajar con la gente como un cuerpo y no individualmente. Por ejemplo, el prefiere dar el don de profecía a un cuerpo mediante un individuo, no a un individuo para su propio uso cuando el cuerpo no puede recibirlo.

En otras palabras, ser bautizado en el Espíritu implica adquirir una nueva relación, una relación con Dios y con una comunidad cristiana. Es un comienzo. Sin éste, no podemos vivir la vida del Espíritu. Pero ser bautizado en el Espíritu es sólo el comienzo. Necesitamos aprender a vivir la vida del Espíritu en una comunidad de cristianos que estén viviendo la vida del Espíritu juntos.

El Don de Lenguas

El don de lenguas es tan importante para comenzar la vida del Espíritu que no es posible ignorarlo cuando se habla de ser bautizado en el Espíritu. Normalmente cuando una persona es bautizada en el Espíritu tiene una experiencia definida. Comúnmente esta experiencia está conectada con el don de lenguas. Esta experiencia es importante para ésta al ser capaz de vivir esta vida del Espíritu.

Vimos antes que cuando el Espíritu Santo venía sobre las personas en los Hechos de los Apóstoles, su venida fue algo que ellos podían experimentar. Pero más que esto, su experiencia no era algo oculto dentro de ellos mismos. Era obvio para los demás también. Los espectadores podían ver que ellos estaban experimentando al Espíritu Santo. Era manifiesto.

Hay tres pasajes que describen cómo el hecho de que ellos estaban experimentando el Espíritu era manifiesto. En Hechos 10, 45-46 dice:

Los creyentes judíos que habían acompañado a Pedro estaban todos asombrados de que el don del Espíritu Santo debiese derramarse sobre los paganos también, *porque* podían escucharlos hablando idiomas extraños (lenguas) y proclamando la grandeza de Dios. (El énfasis es agregado).

En Hechos 19, 6 dice:

el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar.

En Hechos 2, 4-11 dice:

Y todos ellos estaban llenos del Espíritu Santo y comenzó a hablar en otras lenguas según el Espíritu les daba palabras, y los espectadores describían lo que estaba pasando (v. 11) al decir, “los escuchamos decir en nuestras propias lenguas las poderosas obras de Dios”.

Podemos presumir que lo que pasó en Hechos 8 fue lo mismo, aún cuando no está explícitamente establecido. Sin importar cuando la venida del Espíritu Santo es descrita en Hechos, el don de lenguas es mencionado como uno de los resultados. Pero el significado de lo que le pasó a los primeros cristianos fue perdido para la mayoría de los cristianos hoy, porque ellos no entienden el don de lenguas.

“Lenguas” solamente significa “idiomas”. “Hablar en otra lengua” significa hablar en otro idioma. La misma palabra griega a veces traducida como “lengua” en inglés, a veces es “idioma”. Así, cuando el Espíritu Santo viene sobre las personas en el Nuevo Testamento, ellos comienzan a hablar en un idioma que no han aprendido (Hechos 2, 6-11) y no entendían (1 Cor. 14, 2; 13-14).

Pero el darse cuenta de que ellos empezaron a hablar en otra lengua aún no nos ayuda mucho. ¿Por qué en este mundo ellos querrían hablar en un idioma

que ni ellos ni (usualmente) nadie más entendía? La respuesta a esto puede encontrarse en 1 de Corintios 14.

En 1 de Corintios 12-14, Pablo está tratando de lidiar con algunos problemas en la Iglesia corintia. Los problemas parecen ser que algunas personas estaban hablando en lenguas en las asambleas de la Iglesia sin tener interpretación de lo que decían en una lengua que todos podían entender (14, 6-19. 27-28), que varias personas hablaban en lenguas o profetizaban a la vez, produciendo una especie de murmullo en las asambleas cristianas (14, 26-33), y que aquella gente prefería hablar en lenguas más que profetizar (14, 1-12). Parece haber una especie de rivalidad espiritual subyacente a estos problemas (12, 14-26).

Pablo escribió 1 de Corintios 12-14 para lidiar con estos problemas. Aquí él presenta un marco de trabajo para comprender cómo los dones espirituales debieran ser usados en las asambleas cristianas para que la Iglesia sea edificada con ellas. Él dice que cada don espiritual (incluido el de lenguas) es un obrar del Espíritu que es dado para edificar la Iglesia. Por ello, tiene que ser usado en las asambleas cristianas de manera que en efecto edifique a la Iglesia, de una manera amorosa. Una persona debiera sólo hablar en lenguas en las asambleas cristianas de un modo que edifique a la comunidad, es decir, uno a la vez y con interpretación.

La explicación que Pablo da de los dones espirituales en 1 de Corintios 12-13 es buena para dar orientaciones de cómo usar el don de lenguas en reuniones públicas, pero no provee una explicación completa para el don de lenguas, como es obvio en Corintios 14. De lo que Pablo dice aquí, queda claro que la gente no estaba orando en lenguas solamente cuando era útil para la comunidad. A veces hay abundancia de lenguas y tal mezcla de sonido no habría comunicado nada. Sin embargo, Pablo no asume que cuando la gente esté hablando en lenguas de este modo, un modo que no es útil para toda la asamblea, ellos no estén hablando en lenguas en lo absoluto. Tampoco dice que su hablar en lenguas no sea una inspiración de Dios. Podríamos haber esperado que dijese también estas dos cosas si pensaba que hablar en lenguas era solamente para edificar a una comunidad y nada más. De hecho, él incluso pide hablar en lenguas más que cualquier otra cosa, y ciertamente no realiza todo aquel hablar en lenguas en las reuniones de comunidad.

En otras palabras, la inspiración de Dios para hablar en lenguas no es siempre un don espiritual para la edificación de la comunidad cristiana. A veces lo es, y a veces no. Parte del consejo de Pablo es: aprendan cuando expresarse en lenguas para toda la asamblea y aprender cuando guardártelo para ti.

¿Qué más es el don de lenguas, entonces? La manera en la que Pablo habla de éste en 1 de Corintios 14, nos da una buena comprensión de lo que se trata. En 1 de Corintios 14, 2-5 dice:

Cualquiera con el don de lenguas habla a Dios, pero no los demás. Porque nadie le entiende cuando habla en el espíritu de cosas misteriosas. Por otro lado, el hombre que profetiza sí habla a los demás,

para su provecho, su ánimo, y su consuelo. Aquel con el don de lenguas habla en propio beneficio, pero el hombre que profetiza lo hace a beneficio de la comunidad. Aunque quisiera que todos tuviesen el don de lenguas, quisiera mucho más que profetizaran, ya que el hombre que profetiza es de mayor importancia que el hombre con el don de lenguas, a menos, desde luego, que el segundo ofrezca una interpretación para que la Iglesia pueda recibir algún beneficio.

En 1 de Corintios 14, 13-19 dice:

Aquello es por qué cualquiera que tenga el don de lenguas debe orar por el poder de interpretarlas. Ya que si uso este don en mis oraciones, mi espíritu puede estar orando pero mi mente queda improductiva. ¿Cuál es la respuesta a ello? Ciertamente, no debiera orar solamente con el espíritu sino también con la mente? ¿Y cantar alabanzas no sólo con el espíritu sino con la mente también? Cualquiera persona no iniciada nunca podrá decir Amén a tu acción de gracias, si solamente bendices a Dios con el espíritu, ya que él no tendrá idea de lo que estás diciendo. Y aunque harás bien en tu acción de gracias, los demás no se beneficiarán de ello. Agradezco a Dios porque tengo un mayor don de lenguas que todos ustedes, pero cuando esté en presencia de la comunidad, diré más bien cinco palabras que signifiquen algo que diez mil palabras en lenguas.

En otras palabras, cuando una persona habla en lenguas, habla a Dios (esto es, hablar en lenguas es oración) a beneficio suyo (es usualmente oración privada). Cuando ella habla en lenguas su espíritu está orando. Ésta alaba a Dios y lo bendice (bendecir a Dios era la forma normal de acción de gracias judía y cristiana primitiva).

Al expresar el punto que quiero explicar sobre lo que pasa cuando una persona es bautizada en el Espíritu, tenemos que ver una cosa más: que la profecía es a veces oración. A veces una profecía es dada porque es una oración inspirada para Dios. Un claro ejemplo de esto ocurre en el primer capítulo de Lucas en donde dice:

Zacarías estaba lleno del Espíritu Santo y dijo esta profecía:

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado a su pueblo, ha venido en su rescate. . .

Esta es probablemente la clase de profecía que se manifestó cuando el Espíritu Santo cayó sobre los discípulos en Éfeso. No tendría sentido para el Señor el haber inspirado a varios de ellos a decir mensajes proféticos a la vez. Probablemente los inspiró a todos ellos a alabar a Dios proféticamente.

Así, ¿qué podía ver la gente cuando los primeros cristianos fueron bautizados en el Espíritu? Ellos podían ver como el Espíritu Santo caía sobre estos cristianos, empezaron a hacer oraciones inspiradas de alabanza, a veces con palabras que no entendían, a veces en su propio idioma. La primera manifestación de la presencia del Espíritu en ellos fue una oración inspirada de

alabanza. Ellos fueron elevados en el Espíritu a alabar al Señor porque estaban teniendo una experiencia directa de su presencia y su gloria por primera vez.

Este es el por qué el don de lenguas es tan importante. Es un nuevo don de oración, un don de alabanza (al principio, aunque después puede ser otra clase de oración). Nos permite rendirnos al Espíritu y responder a la presencia del Espíritu de una manera en la que no podíamos antes. Es por ello una especie de puerta a la plena vida del Espíritu.

Las Escrituras no dicen que todo cristiano debe hablar en lenguas. Pero la implicación de los pasajes de Hechos es que hablar en lenguas es muy común. Quizás la implicación de 1 de Corintios 14, 5 es que es para todos. Mi propia experiencia personal es que puede ser para todos. En nuestra comunidad, es usual para la gente orar en lenguas cuando reciben oración para ser bautizados en el Espíritu (si han sido propiamente instruidos y preparados), y algunas excepciones oran en lenguas en cuestión de días o semanas. El problema con recibir el don de lenguas no parece ser tanto con Dios dándolo como con la gente siendo capaz de rendirse a él.

Algunas personas, mayormente de denominaciones pentecostales, sostienen que las lenguas son la “evidencia inicial de recibir al Espíritu”. Ellos entienden por esto que hasta que una persona haya orado en lenguas, no ha sido bautizada en el Espíritu. Pero una mirada en Hechos nos ha mostrado, no que las lenguas sean la evidencia inicial, sino la “alabanza inspirada” es la evidencia inicial. A veces esta viene en lenguas, pero puede también venir en inglés.

¿Queremos decir, entonces, que solamente si una persona ha tenido esta experiencia de alabanza inspirada ha sido bautizada en el Espíritu? No creo que podamos decir aquello desde la Escritura. Desde la Escritura todo lo que podemos decir es que esta experiencia es el primer signo *normal*. Esta es la manera en la que debería pasar, no el modo en que siempre tiene que pasar.

Sé de personas que han pedido ser bautizadas en el Espíritu y quienes no han podido orar en lenguas al principio. Pero antes de haber llegado el don de lenguas, otras manifestaciones de la presencia del Espíritu en ellos habían aparecido: habían sentido la presencia del Espíritu en ellos, las Escrituras habían cobrado vida, sentían una nueva guía del Espíritu.

Inclusive es verdad que a veces la gente no sea consciente de que algo ha sucedido cuando son bautizados en el Espíritu. Ellos no tienen una experiencia consciente en el momento. Pero pueden recordar que algo sucedió en aquel punto. Saben que algo pasó porque ahora ellos pueden experimentar al Espíritu Santo en ellos. Conozco a una joven que me contó, cuando fue bautizada en el Espíritu Santo: “Nada en lo absoluto. Cuando ellos oraron sobre mí, nada pasó en lo absoluto. Excepto que desde entonces toda mi vida ha sido completamente diferente”. Y ella continuó describiendo lo que su vida había sido desde entonces, y me quedaba claro por su descripción que estaba viviendo la vida del Espíritu. Aún cuando el comienzo de la vida del Espíritu no

fue una experiencia impactante para ella, ahora estaba experimentando la presencia y acción del Espíritu cada día.

Una persona ha sido bautizada en el Espíritu cuando puede experimentar al Espíritu viviendo en él y obrando a través de él. Si no hay pistas en lo absoluto de la presencia del Espíritu en ésta, no ha sido bautizada en el Espíritu. Pero incluso si no experimenta menos que cuando recibió oración con miras al Espíritu, pero luego nota cambios y se encuentra a sí misma viviendo la vida del Espíritu como resultado de haber recibido oración, podemos decir que ha sido bautizada en el Espíritu.

Frecuentemente la razón de por qué ciertas personas tienen dificultades para rendirse a esta nueva forma de oración (y al don de lenguas) aún cuando ellos han sido bautizados en el Espíritu es una sencilla: ellos tienen inhibiciones que necesitan ser vencidas. El Espíritu está en ellos, inspirándoles orar de este modo. Pero ellos no pueden dejarlo salir. Usualmente se les ha enseñado a no ser expresivos, o tienen miedo de expresarse o de sus propias emociones. A veces ellos tienen miedo de que Dios no lo haga por ellos, y por eso no pueden poner su fe en lo que el Espíritu Santo está intentando hacer en ellos. Otra razón de por qué el don de lenguas es tan importante para los estadounidenses modernos es que es más fácil para ellos rendirse al Espíritu Santo en lenguas que lo que resulta en inglés. Ellos pueden vencer más fácilmente sus inhibiciones al pasar por encima de sus mentes (lo cual sucede con las lenguas-1 Corintios 14, 14) que mediante sus mentes.

Desde la experiencia diría que una persona no está plenamente en el Espíritu a menos que se haya rendido a esta clase de oración. No será hasta que experimente la presencia del Espíritu moviéndose en ella, rindiéndose a él, y experimentando algo nuevo, que podría no hacerlo por sí misma, que sabría qué es vivir la vida del Espíritu. Ésta necesita una experiencia directa de lo que es hacer las cosas “en el Espíritu”, a hacer las cosas con pleno control y plena acción, y no obstante tener lo que hacemos formados por el Espíritu en algo más que solamente nuestra propia obra.

Hay un despliegue y una plenitud que viene de orar en lenguas. Es en esta experiencia que una persona empieza a experimentar el gozo profundo del Espíritu Santo. Aún cuando una persona puede ser bautizada en el Espíritu sin ninguna experiencia en el momento inicial, no pienso que debiera pasar de esa manera. En el Nuevo Testamento era normal para la gente recibir al Espíritu de una manera en la que ellos y todos los demás saberlo, y puede incluso ser normal hoy. Tener una experiencia tal es una gran ayuda para entrar en la vida del Espíritu.

Hace un par de semanas estuve en el salón de uno de nuestros edificios parroquiales, cuando la gente que había estado recibiendo oración para ser bautizada en el Espíritu salió del salón de oración. Todos estaban radiantes y gozosos. Uno difícilmente podía hablar. Ellos habían experimentado una plenitud del Espíritu y lo sabían. Tampoco era difícil para mí verlo. Una vez que una persona ve a alguien que ha sido bautizado en el Espíritu a la manera en

que lo fueron los apóstoles, no es difícil ver por qué los espectadores podían haber pensado que los apóstoles estaban borrachos.

Qué No Es

No es conversión: El ser bautizado en el Espíritu no es lo mismo que tener una conversión al Señor o una conversión más profunda al Señor.

A veces es verdad que la gente se convierte al Señor al momento de ser bautizados en el Espíritu, o convertidos a él de un nuevo modo. Sé de un seminarista que se había estado alejando más y más de la fe en Cristo. Él quería ser un cristiano, pero se encontraba a sí mismo distante de Cristo e incapaz de encontrar la manera de tener mucho de lo que es una relación con él. Él se estaba inclinando hacia abandonar el seminario y quizás también la Iglesia. Cuando escuchó por primera vez sobre la renovación carismática y asistió a su primera asamblea de oración, tenía curiosidad, pero no podía aceptar lo que escuchaba. Todo lo que podía decir era que estaría dispuesto a hacer un intento y ver que pasaría. Pidió que orasen con él para ser bautizado en el Espíritu. Cuando lo fue, experimentó a Dios de un modo en el que nunca lo había hecho antes, y aquella experiencia fue para él una conversión real. Desde entonces comenzó a vivir para Cristo con una fe plena.

Pero estar bautizado en el Espíritu no siempre implica tener una conversión más profunda. Cuando pedí que orasen para ser bautizado en el Espíritu, había estado intentando dar toda mi vida a Dios por varios años. Había estado orando diariamente por cierto periodo de tiempo cada día, leyendo las Escrituras y libros espirituales regularmente, pasando la mayor parte de mi tiempo trabajando para llevar a los demás a Cristo, intentando modelar mi vida sobre las enseñanzas de Cristo, etc. Cuando oraron por mí, algo sucedió. Comencé a orar de un nuevo modo, a experimentar la presencia de Dios de una nueva manera, a experimentar la dirección y obrar de Dios de una nueva manera. Pero no me volví más dedicado o en algún sentido me torné más hacia Dios. De hecho, en cierto sentido me volví menos dedicado, porque una vez que comencé a experimentar al Espíritu obrando en mí de un nuevo modo, no lo intentaba tan duro como solía hacerlo. No tenía que hacerlo.

La conversión es un volverse hacia Cristo. Es algo que *nosotros* hacemos. Luego de que oraron por mí para ser bautizado en el Espíritu, no quedé más convertido de lo que había sido antes. El bautismo en el Espíritu sin embargo, es algo que *Cristo* hace. Él es el bautizador en el Espíritu Santo. Él nos da algo nuevo. El resultado de ello es que Dios comienza a obrar en nosotros de una nueva manera. Más sucede en nuestra vida cristiana porque Dios está haciendo más.

Nuestra parte en ser bautizados en el Espíritu no es la de la conversión. La conversión debe venir antes. Nuestra "parte" es la de "recibir", "beber", o "dejarnos ser bautizados". Lo que sucede cuando somos bautizados en el Espíritu es un don del Padre. Él nos da el Espíritu de una nueva manera. Nuestra parte es aceptar aquel don, recibirlo, dar al Espíritu la bienvenida dentro de nosotros.

No es una toma de conciencia: El ser bautizado en el Espíritu no es una nueva toma de conciencia de la doctrina del Espíritu Santo en nosotros.

Ser bautizado en el Espíritu Santo es un cambio en la relación de la gente con Dios. El resultado de esto es que el Espíritu Santo comienza a trabajar de una nueva manera. Él comienza a hablarles, a guiarles, a obrar mediante ellos, a hacerles ser conscientes de la presencia de Dios en ellos y su amor por ellos.

Cuando la gente es bautizada en el Espíritu Santo, no toman conciencia de la doctrina del Espíritu Santo de una nueva manera. Repentinamente, áreas completas de la verdad cristiana se abren ante ellos. Leen las Escrituras, y los pasajes que eran planos antes se tornan unos de los más interesantes pasajes en la Escritura. Van a Misa, y las oraciones que ellos habían “solamente rezado” antes, se tornan cargadas de sentido. Cada mención del Espíritu Santo produce luz y entendimiento.

Tal nuevo descubrimiento de la doctrina del Espíritu Santo es un resultado de ser bautizado en el Espíritu, pero no es lo mismo. Lo que sucede cuando somos bautizados en el Espíritu Santo es que el Espíritu comienza a hacer cosas en nosotros que nunca hizo antes. Esto es más que una toma de conciencia. Es un cambio respecto a qué está sucediendo. Algo nuevo está pasando.

El hecho de ser bautizado en el Espíritu Santo es diferente de tener una toma de conciencia más profunda de la doctrina del Espíritu Santo es importante cuando llegamos al punto de querer ser bautizados en el Espíritu Santo. No podemos empezar la vida en el Espíritu solamente tomando conciencia más de quién es el Espíritu Santo. La conciencia de nuestra parte no puede producir de por sí un cambio en nuestra relación con él. Puede prepararla, pero no puede hacerla.

Solamente somos bautizados en el Espíritu Santo cuando el Espíritu Santo comienza a obrar en nosotros de una nueva manera. Es algo que él hace en nosotros, no es algo en lo que nos convirtamos mediante una mayor comprensión. Sólo podemos comenzar la vida en el Espíritu al recibir el Espíritu del Padre.

No es una devoción: Ser bautizado en el Espíritu Santo no es una devoción mayor al Espíritu Santo.

Lo que se dijo antes es también verdad sobre la diferencia entre ser bautizado en el Espíritu Santo y ser devoto del Espíritu Santo. Usualmente recibimos una mayor devoción al Espíritu Santo *como resultado de* ser bautizados en el Espíritu Santo, pero los dos no son lo mismo. El ser bautizado en el Espíritu viene cuando el Espíritu Santo comienza a hacer cosas nuevas en nosotros. Y no ocurrirá a través del intento de ser más devotos al Espíritu Santo, sino al recibir al Espíritu.

No es una señal de madurez espiritual o santidad: Ser bautizado en el Espíritu no es una señal de madurez espiritual o santidad. Más bien, da a una persona una relación con el Espíritu Santo que le permitirá crecer en santidad más rápida y fácilmente que lo que podría hacer por sí mismo.

Un año después que oraron para que fuese bautizado en el Espíritu, estaba leyendo el libro de C. S. Lewis *Los Cuatro Amores*. Es un libro que está lleno de sabiduría espiritual y muestra que el autor era un hombre verdadera madurez espiritual. Al final del libro, sin embargo, habla acerca de amar a Dios, y describe una clase de amor que dice es el tipo más importante. Pero Lewis dice que él mismo no ha experimentado este amor y no espera experimentarlo hasta que vaya al cielo. La clase de amor que él describe (al que él llama un amor apreciativo de Dios) es exactamente el amor que la gente experimenta cuando han sido bautizados en el Espíritu y pueden alabar a Dios en lenguas o en inglés. Cuando llegué al final de este libro, me quedó claro que C. S. Lewis no había sido bautizado en el Espíritu cuando escribió aquel libro.

Al mismo tiempo, podía ver que C. S. Lewis era un excelente cristiano. Él era un mejor cristiano que mucha gente que he conocido y que ha sido bautizada en el Espíritu. Él mostraba más sabiduría espiritual, más fidelidad a Dios, y más fruto en su servicio que la mayoría quienes han sido bautizados en el Espíritu.

Poco después de leer *Los Cuatro Amores*, me encontré a mí mismo hablando con una estudiante universitaria que había tenido poca fe un mes antes, y quien no había vivido una vida muy espiritual. Cuando oraron por ella para que sea bautizada en el Espíritu, tuvo una experiencia profunda del Espíritu Santo (una que le dio un amor apreciativo de Dios en seguida), y ha seguido desde aquel momento creciendo en la vida cristiana. Pero cuando ella fue bautizada en el Espíritu Santo, aún no estaba cerca de la madurez espiritual que C. S. Lewis tenía cuando escribió *Los Cuatro Amores*. Probablemente ella no se acerca incluso ahora.

El crecimiento espiritual toma tiempo. Cualquier proceso de maduración toma tiempo. Las relaciones necesitan crecer. Los cambios en nuestro patrón de vida tienen que desarrollarse. Si vamos a tener una relación profunda con Dios, y si vamos a poder vivir una vida que es como la que Cristo nos enseñó, tenemos que esperar que tome tiempo. Necesitamos llegar a encajar en ella.

La obra del Espíritu en nosotros, sin embargo, es un don. Un don puede ser dado en seguida, todo de una vez. Y debido a que es un don y no algo que tenemos que convertirnos, puede ser dada al principio del proceso de maduración espiritual así como en cualquier lugar a lo largo del camino. Sucede cuando una persona sabe que Dios está ofreciéndole el don y lo busca.

El don del Espíritu es dado a nosotros para hacer el crecimiento espiritual mucho más fácil, y lo hace. La gente que es bautizada en el Espíritu puede crecer más rápidamente que la gente que no. Pasé varios años en el servicio cristiano antes de toparme con la renovación carismática y han pasado varios años desde entonces. En ambos momentos estuve trabajando con la misma clase de gente, estudiantes universitarios. Ya que hemos estado orando con

ellos para que fuesen bautizados en el Espíritu, su crecimiento espiritual ha sido mucho más rápido. El Espíritu de Dios está produciendo una santidad mucho más profunda en ellos. Y no es que estos estudiantes estén intentando mucho más duro que lo que hacen los demás. Muchos de los otros intentan lo mismo de duro (y algunos de ellos están experimentando un nuevo índice de crecimiento ahora que han sido bautizados en el Espíritu). No es que ellos estén tratando aún más duro, sino que ellos están experimentando más. El Espíritu de Dios está haciendo más de esto en ellos.

Por otro lado, ser bautizado en el Espíritu no es en lo absoluto lo mismo que la perfección espiritual. Una persona que ha sido bautizada en el Espíritu aún necesita pasar a través de un proceso de maduración espiritual. Uno de los mayores peligros que encara la gente que ha experimentado una llenura del Espíritu es la concepción errada de que ellos han llegado a la madurez espiritual a causa de ello. Ser bautizado en el Espíritu solamente introduce a una persona en una nueva relación con el Espíritu Santo.

La gente a veces se escandaliza de que un nuevo cristiano que acaba de llegar a la fe en Cristo pueda ser bautizado en el Espíritu mientras que hay muchos cristianos fieles que se han dedicado a sí mismos a Cristo por años y no han sido bautizados en el Espíritu. Más que una fuente de escándalo, esto debiera mostrarnos una importante lección: todo lo que Dios quiere que tengamos viene del modo que él quiere que recibamos. La madurez espiritual viene a nosotros mediante un proceso de esfuerzo y dedicación. No podemos tenerlo sin poner tiempo en el servicio fiel de Dios, sin importar cuánto oremos por ello. El don del Espíritu, por otra parte, viene a nosotros mediante la petición de fe. Es un don. Necesitamos reconocer que Dios está ofreciéndolo y lo recibimos de él con fe. Ninguna cantidad de servicio dedicado puede ganarlo. Pero una vez que nos damos cuenta de que él está ofreciéndolo, podemos tenerlo si lo pedimos.

Aquello también significa que los años que hemos pasado sirviendo al Señor antes de haber sido bautizados en el Espíritu no carecen de reconocimiento. Si pasamos tiempo en crecer en nuestra relación con Dios antes de que fuésemos bautizados en el Espíritu, estaremos mucho más adelante en la madurez espiritual después de ser bautizados en el Espíritu que alguien que comienza su vida cristiana con el ser bautizado en el Espíritu.

No es todo lo que necesitamos: Ser bautizado en el Espíritu es solamente parte de lo que se necesita para estar plenamente en Cristo.

Si una persona ha sido bautizada en el Espíritu pero está solamente y en parte convertida a Cristo, no será por demás cristiana. Si una persona ha sido bautizada en el Espíritu pero no entiende las verdades básicas del cristianismo o no ama al Señor, no será por demás cristiana. Una persona que tiene un tanque lleno de combustible en su auto no llegará muy lejos si tiene las cuatro llantas desinfladas. O incluso con un tanque lleno de combustible y cuatro buenas llantas, no podrá seguir en marcha si el auto tiene rota la banda del ventilador. En otras palabras, necesitamos todo lo que es parte de ser un

cristiano si vamos a vivir la vida cristiana a la manera que se supone debe ser vivida. Necesitamos todo lo que el Señor ha provisto para nosotros.

Recibiendo

Cuando los judíos el día de Pentecostés vieron a los primeros cristianos que acababan de haber sido bautizados en el Espíritu, y cuando ellos escucharon la explicación de Pedro de qué era lo que había acabado de suceder, ellos preguntaron: “¿Qué debemos hacer?” Esa es la pregunta. ¿Cómo empezamos la vida del Espíritu?

El corazón del tema de Pedro era el Señor Jesús. Él dijo a los judíos: es debido a Jesús que podemos tener al Espíritu Santo. Es debido a que Jesús es Señor y Cristo, porque él ha muerto y resucitado, que podemos tener al Espíritu Santo. Debido a lo que él ha hecho, el Padre le ha dado el Espíritu Santo para dárnoslo. Pedro dijo:

Ahora levantado a las alturas a la diestra de Dios, él ha recibido del Padre el Espíritu Santo, que fue prometido, y lo que ven y escuchan es el derramamiento de aquel Espíritu (Hechos 2, 33).

Pedro apenas dijo lo mismo que Juan Bautista había dicho cuando él señaló primero a Jesús. Probablemente las palabras que Pedro escuchó cuando vio primero a Jesús son:

Alguien está detrás de mí, alguien que es más poderoso que yo, y yo no merezco arrodillarme y desatar la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo (Marcos 1, 7-8).

En otras palabras, Jesús es el bautizador en el Espíritu Santo. Él es aquel que tiene que venir si queremos ser bautizados en el Espíritu Santo.

Jesús mismo dijo lo mismo. Él le contó a toda la gente en la fiesta de los Tabernáculos que si querían vida nueva, agua viva, al Espíritu Santo, tendrían que venir a él:

“¡Si alguno está sediento, venga a mí! ¡Que venga y beba el que cree en mí!”

Como dice la Escritura: De su pecho brotarán fuentes de agua viva.

Él estaba hablando del Espíritu, el cual aquellos que creyesen en él iban a recibir, porque el Espíritu no había sido dado aún, ya que Jesús no había sido glorificado todavía. (Juan 7, 37-39)

Aquellos que quieren el Espíritu Santo y la nueva vida que trae tienen que venir al Señor Jesús.

Pedro siguió asegurando a sus oyentes el día de Pentecostés que el Espíritu Santo era para todos. El Señor quiere que todos sean bautizados en el Espíritu:

La promesa que fue hecha es para ti y tus hijos, y para todos aquellos que están lejos, para todos a quienes el Señor nuestro Dios llamé a sí. (Hechos 2, 39)

El mismo mensaje vino a nosotros en los primeros días de la renovación carismática en la Iglesia Católica cuando nos estábamos preguntando si lo que nos estaba pasando era para todos. Una de las primeras profecías que recibimos contenía las palabras: "Mi Espíritu es para todos, para todos, para todos".

La manera normal en la cual la gente puede hacer contacto con Jesús es mediante su cuerpo, mediante la comunidad de cristianos en quienes él vive. Así como la gente normalmente escucha primero de él a través de cristianos y así viene a la fe, ellos normalmente son bautizados en el Espíritu en una comunidad cristiana. Y así deberían serlo. Ya que la vida del Espíritu es vivida en un cuerpo –el cuerpo de Cristo- una persona debiera ser bautizada en el Espíritu en el cuerpo de Cristo. Al ser bautizada en el Espíritu, ésta debiera ingresar en la vida de una comunidad cristiana.

La gente puede ser bautizada en el Espíritu sin la ayuda de ningún cristiano. El Señor mismo (el bautizador) y el Espíritu Santo son todo lo que es absolutamente esencial. Cierta número de personas en nuestra comunidad han orado con miras al Espíritu por sí solas y han sido bautizadas en el Espíritu sin la ayuda de ningún otro cristiano. Una joven, de hecho, fue bautizada en el Espíritu y recibió el don de lenguas antes de que incluso supiera que hubiese una cosa tal, simplemente porque el Señor en su misericordia sabía que ella tenía una necesidad especial de ello. Pero es más raro y más difícil para la gente ser bautizada en el Espíritu por sí sola, porque el Señor nos quiere como parte de una comunidad. Normalmente, entonces, lo que una persona que quiera ser bautizada en el Espíritu debiera hacer es ir adonde una comunidad de cristianos que hayan sido bautizados en el Espíritu y pida su ayuda.

En el Nuevo Testamento (y en la Iglesia Primitiva) la manera normal en la que los cristianos ayudaban a alguien a recibir el Espíritu era mediante la imposición de manos. En el capítulo ocho de Hechos dice:

Cuando los apóstoles en Jerusalén escucharon que Samaria había aceptado la palabra de Dios, ellos enviaron a Pedro y a Juan ante ellos, y ellos fueron hasta allí, y oraron por los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo, ya que él no había descendido sobre ninguno de ellos: solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Luego impusieron las manos sobre ellos, y recibieron al Espíritu Santo. Cuando Simón vio que el Espíritu era dado mediante la imposición de manos por los apóstoles. . . (Hechos 8, 14-18)

Lo mismo sucedió en el capítulo noveno cuando Ananías oró por Pablo, y en el capítulo diecinueve cuando Pablo oró por los discípulos en Éfeso.

En la mayoría de comunidades de personas que han sido bautizadas en el Espíritu, la oración con imposición de manos es la manera normal de ayudar a alguien a ser bautizado en el Espíritu. Parece ser una manera natural de ayudar a la gente a recibir la nueva vida en el Espíritu. Cuando la gente está bien preparada y recibe oración con imposición de manos, es raro que no experimente al Espíritu Santo viniendo a ellos, y es raro que ellos no hablen en lenguas.

Pero la persona que viene para ser bautizada en el Espíritu no es pasiva. Su parte consiste en venir al Señor para ser bautizada en el Espíritu. La oración con imposición de manos no es un sustituto de la venida del Señor. Solamente está prevista para ser una ayuda, y si la persona misma no se vuelve al Señor y recibe al Espíritu de él, no será bautizada en el Espíritu.

Por ello, la condición que debe reunirse antes de que una persona pueda ser bautizada en el Espíritu es simplemente volverse a Jesús como Señor, Salvador y Bautizador. Las instrucciones que Pedro dio a los judíos el día de Pentecostés fueron:

Deben arrepentirse, y todos ustedes deben bautizarse en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo. (Hechos 2, 38)

La condición, entonces, es estar “en el Señor”, ser un creyente, una persona que se ha vuelto a Cristo. Cuando estamos en tal condición, él puede bautizarnos en el Espíritu Santo. Algunas personas son bautizadas en el Espíritu Santo años después de haber aceptado primero a Cristo como su Señor. Otros comprometen sus vidas con él sólo en el momento en el que son bautizados en el Espíritu Santo. Pero sin importar lo que pase, estar “en el Señor” es la única condición que nos califica para ser bautizados en el Espíritu Santo.

Una vez que una persona pertenece al Señor, puede orar por el Espíritu Santo. Todo lo que tiene que hacer es pedir en fe, simplemente pedir, sabiendo que el Señor lo quiere bautizar en el Espíritu y está ofreciéndole la opción. Lucas tiene un pasaje que a veces creo fue mantenido en su evangelio en su forma presente porque era usado para preparar a las personas para ser bautizadas en el Espíritu:

Por eso les digo: Pidan, y se les dará; busquen y hallarán; toquen, y se les abrirá la puerta. Porque el que pide siempre recibe, el que busca siempre encuentra, el que toca siempre tendrá la puerta abierta para él. ¿Qué padre entre ustedes daría a su hijo una piedra cuando le pide pan? ¿O le daría una serpiente en vez de un pez? ¿O le daría un escorpión si pide un huevo? Si ustedes entonces, que son malos, saben cómo dar a sus hijos lo que es bueno, ¡cuánto más dará el Padre celestial el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan! (Lucas 11, 9-13)

En otras palabras, lo que el creyente tiene que hacer para ser bautizado en el Espíritu Santo es simplemente pedir. Dios está ansioso para que éste lo tenga.

De hecho, Dios quiere para nosotros que tengamos más de lo que queremos para nosotros. Él quiere que lo tengamos porque él nos ama y quiere que vivamos por su Espíritu. Nosotros simplemente necesitamos venir a él y recibir el don de él.

Parece haber una variedad de obstáculos que la gente tiene que le impiden recibir la plenitud del Espíritu. A veces la gente no la quiere, o no quiere todo lo que Dios está ofreciendo (usualmente el don de lenguas). Debido a que ellos están pidiendo y no obstante están diciéndole a Dios que solamente quieren ciertas cosas, él no es libre de darles la vida plena del Espíritu. A veces la gente no cree que ser bautizado en el Espíritu sea algo en lo absoluto definido. Todo lo que ellos realmente están pidiendo es una “bendición”, un poquito más de devoción a Dios. Y aquello es usualmente todo lo que ellos reciben, sin darse cuenta de que Dios quiere darles mucho más.

Muy frecuentemente el problema es el miedo: ya sea el miedo de que esté mal pedir a Dios cosas para nosotros mismos, o el miedo de que lo que suceda sea “sólo mío”, es decir, psicológico y no espiritual en lo absoluto, o el temor de que “Dios no me lo dará a mí”. La única respuesta a tal temor es confiar en el amor de Dios. Él nos ama y quiere que tengamos al Espíritu. Si lo pedimos, él nos lo dará.

Frecuentemente la gente tiene dificultad en superar estos obstáculos. En su raíz estos obstáculos equivalen a una falta de fe, y usualmente una persona tiene dificultad para vencer su falta de fe por sí mismo. Aquella es la razón original de por qué la vida del Espíritu se vive en comunidad. Una comunidad puede impartir fe a alguien que no la tiene, de hecho de manera natural y sin dolor.

En mi experiencia, si una persona viene a una comunidad de cristianos que han sido bautizados en el Espíritu, y que tienen fe en el obrar del Espíritu y que creen que una experiencia plena del Espíritu está disponible para todos, y está bien preparado, puede ser bautizado en el Espíritu sin ninguna dificultad. Nuestra comunidad parece estar en ese punto ahora, la gente parece estar entrando en la vida del Espíritu y hablando en lenguas sin ninguna dificultad en lo absoluto. Nos tomó un tiempo como comunidad crecer en la fe, y nos ha tomado un tiempo como comunidad aprender cómo preparar a la gente. (Incluso ahora, la gente a veces recibe oración antes de estar lista). Pero ahora parece haber suficiente fe y sabiduría para ayudar a cualquiera que venga.

El Padre quiere que experimentemos su amor. Él quiere darnos su Espíritu. Él quiere que su pueblo pueda guiar a aquellos que vengan a ellos a una vida plena en el Espíritu. Él quiere hacer por nosotros todo lo que hizo por los primeros cristianos, y quizás más.

2

Entendiendo el Bautismo en el Espíritu

En la Iglesia Primitiva, ser bautizado en el Espíritu era fácilmente entendido. Cuando una persona se convertía en cristiana, pedía el Espíritu y lo recibía. Él no tenía experiencia previa como cristiano antes de ser bautizado en el Espíritu.

Ahora no es tan fácil. La mayoría de personas que son bautizadas en el Espíritu en los Estados Unidos hoy han sido cristianos por cierto periodo de tiempo antes. Muchos de ellos han tenido experiencias definidas de la presencia del Espíritu en ellos. Usualmente no sienten que puedan decir con la simplicidad de los primeros cristianos que sólo “recibieron al Espíritu” cuando tuvieron la experiencia que es comúnmente descrita como ser bautizado en el Espíritu.

Una vez que aclaremos la relación de la nueva experiencia de ser bautizado en el Espíritu con previas experiencias espirituales y cambios, se hace más claro que ser bautizado en el Espíritu significa diferentes cosas para gente distinta. Diferente gente, dependiendo de su situación, puede esperar que cosas diferentes les pasen a ellos cuando sean bautizados en el Espíritu. Por esta razón, lo que significa ser bautizado en el Espíritu merece un pensamiento algo más cuidadoso.

Hablando de Ello

Hay una variedad de maneras de hablar de la venida del Espíritu Santo en la vida de una persona. El resto de nuestro pensamiento sobre lo que significa ser bautizado en el Espíritu será más claro si vemos primero cómo se usan (o podrían usarse) algunas palabras.

En el Nuevo Testamento, hay cinco descripciones de la gente entrando en una unión con el Espíritu Santo: el día de Pentecostés mismo (Hechos 2), el “Pentecostés samaritano” (Hechos 8, 4-25), la conversión de Pablo (9, 10-19), el “Pentecostés gentil” (Hechos 10), y la conversión de los discípulos en Éfeso (Hechos 19, 1-12). Resulta claro que lo mismo sucedió en todos los cinco eventos. Hay otro evento en el que pasó lo mismo, el Pentecostés joánico (Juan 10, 19-23), pero debido a las complicaciones para comprender el significado del pasaje, es mejor omitir el considerarlo en este punto.

Los cinco eventos se refieren en el Nuevo Testamento a los siguientes términos (Otros lugares en el Nuevo Testamento en los cuales estos términos son probablemente usados para describir lo mismo se agregan entre paréntesis):

<i>(ser enviado) lo que el Padre prometió</i>	Lucas 24, 49 Hechos 1, 4; 2, 33
<i>el don de Dios</i>	Hechos 8, 20; 11, 17
<i>recibiendo el don del Espíritu Santo</i>	Hechos 2, 38
<i>recibiendo el Espíritu Santo</i>	Hechos 8, 17.19; 10, 47; 19, 2 (cf., Juan 7, 39; 14, 17; 20, 22; 1 Cor 2, 12; Gal 3, 2; Rom 8, 15)
<i>ser llenos del Espíritu Santo</i>	Hechos 2, 4; 9, 17 (nótese: este término también es usado para “llenuras” especiales posteriores a la “llenura” inicial: Hechos 4, 8; 4, 31; 7, 55; 13, 9; Ef 5, 18; Lucas 1, 41.67)
<i>ser bautizado en el Espíritu Santo</i>	Hechos 1, 5; 11, 16 (cf., Marcos 1, 8; Mt 3, 11; Lucas 3, 16; Juan 1, 33; 1 Cor 12, 13)
<i>ser revestidos de poder</i>	Lucas 24, 49 (Hechos 1, 8-similar)
<i>el Espíritu Santo descendiendo</i>	Hechos 19, 6 (Lucas 2, 27)
<i>el Espíritu Santo cayendo (viniendo sobre)</i>	Hechos 10, 44; 11, 15
<i>el Espíritu Santo es derramado sobre</i>	Hechos 2, 33; 10, 45
<i>el Espíritu es dado</i>	Hechos 8, 18 (Juan 7, 39; 1 Juan 3, 24; 4, 13; Lucas 11, 13; 1 Tes 4, 8; 2 Cor 1, 22; 5,5; 2 Tim 1,6)

Lo que parece ser lo mismo se refiere en otros lugares en el Nuevo Testamento en los siguientes términos: recibiendo la promesa del Espíritu Santo (Gal 3, 14); siendo sellado con el Espíritu Santo (Ef 1, 13; 4, 30); siendo nacido del agua del agua y del Espíritu o ser nacido de nuevo de lo alto (Juan 3, 5-8, similar-Gal 4, 29); el Espíritu Santo es enviado a nuestros corazones (Gal 4, 6); el Espíritu Santo es provisto (Gal 3, 5); y el Espíritu Santo desciende sobre y arde o permanece, la descripción del bautismo de Cristo (Marcos 1, 10; Lucas 3, 22; Mt 3, 16; Juan 1, 32-33).

Los términos que son usados en el Nuevo Testamento para describir el ingreso a una unión con el Espíritu Santo son intercambiables. “Ser bautizado en el Espíritu” o “el Espíritu Santo cayendo sobre”. En otras palabras, “ser bautizados en el Espíritu Santo” no se refiere a una experiencia especial del Espíritu Santo que es diferente de “recibir al Espíritu Santo”.

Toda la lista de términos del Nuevo Testamento sugiere que algo le pasa a una persona. Para ser más precisos, ellos sugieren que algo (el Espíritu) viene a él o le es dado y su parte consiste en recibir. Todos ellos son (excepto quizás “ser enviado lo que el Padre prometió”) metáforas. El cambio es descrito como si se derramase agua hacia fuera, sobre, o dentro de una persona; como si un don estuviese siendo dado y recibido; o como si la ropa estuviese siendo puesta sobre una persona por alguien más. Los términos más comúnmente usados son aquellos que dicen en alguna forma u otra: el Espíritu Santo es dado y recibido.

Una manera no metafórica de expresar lo que sucede es decir que hay un cambio en nuestra relación con Dios. Este cambio es producido por Dios. Nuestra parte consiste en recibirlo (dejarlo suceder). Debido a este cambio, Dios (el Espíritu Santo) entra en nuestra vida de una nueva manera, por lo que podemos empezar a experimentarlo haciendo en nosotros aquellas cosas que Dios prometió que el Espíritu Santo haría en la vida del creyente: él nos da siete dones (él nos enseña, nos guía, profundiza nuestra relación con Dios, trae la Escritura a la vida, y nos da una valentía y celo apostólicos), los frutos del Espíritu (amor, gozo, paz, paciencia, etc), algunos de los dones carismáticos (lenguas, profecía, sanación, milagros, etc), y nos deja ser una parte activa de la comunidad cristiana.

Una definición sencilla de lo que es ser bautizado en el Espíritu Santo es: ser bautizado en el Espíritu significa que tenemos un cambio en nuestra relación con Dios tal, que podemos comenzar a experimentar en nuestras vidas todas las cosas que Dios prometió que el Espíritu Santo haría para los creyentes.

Hay otra manera en la que podríamos querer hablar de ello. La mayoría de cristianos creen que el Espíritu Santo está en ellos incluso antes de estar bautizados en el Espíritu: mediante su fe en Cristo, mediante el Bautismo, mediante la Confirmación. Pero ellos no experimentan en sus vidas todas las cosas que Dios prometió que haría el Espíritu Santo y que los primeros cristianos experimentaron. Si el Espíritu Santo está en nosotros, debe haber alguna barrera o bloqueo respecto a nuestro experimentar de su presencia y obrar. Por ello, podríamos describir nuestro ser bautizado en el Espíritu como el despliegue del Espíritu en nosotros o como nuestro ser abierto en el Espíritu.

El término más común para este cambio en nuestra relación con Dios es el término “bautizado en el Espíritu”. Por una variedad de razones históricas, este fue el término que fue dado a esta experiencia del Espíritu a comienzos del Movimiento Pentecostal en 1900. Ha sido usado no solamente por miembros de las Iglesias Pentecostales, sino también por personas en las Iglesias Protestantes Históricas y en la Iglesia Católica. Probablemente la mejor razón para usarlo es histórica: este es el término con el cual la mayoría de personas hablan de ello hoy.

Sin embargo, hay otra razón para usar este término. Si fuésemos a hablar de una persona recibiendo el Espíritu o de siendo dada el Espíritu cuando fue bautizada en el Espíritu, mucha gente asumiría que por eso estaríamos negando que el Espíritu hubiese sido dado alguna vez al creyente antes de

aquello de manera alguna en lo absoluto (ya sea mediante la fe en Cristo o mediante el Bautismo o mediante la Confirmación). Es verdad, en el Nuevo Testamento, todos estos términos significan lo mismo: todos ellos se refieren a la misma experiencia. Cuando el Nuevo Testamento dice que el Espíritu Santo era dado a un creyente, significa que él experimentaba el pleno obrar del Espíritu. El don del Espíritu se experimentaba. Pero podemos seleccionar uno de los términos del Nuevo Testamento (ser bautizado en el Espíritu), y usarlo para referirnos al cambio en la vida del creyente que viene cuando él comienza primero a experimentar la presencia y obrar del Espíritu. El Espíritu puede haber sido dado de alguna manera antes, pero cuando una persona es bautizada en el Espíritu ésta comienza a experimentarlo de una nueva manera, la misma manera en la que los creyentes en el Nuevo Testamento hicieron.

La forma más común de este término en nuestros días es la forma como sustantivo. La gente habla de “el bautismo del Espíritu” y de “recibir el bautismo del Espíritu”. Esto es, sin embargo, un uso no escriturístico del término. En el Nuevo Testamento lo que recibimos (o tenemos) es el mismo Espíritu Santo (o el don del Espíritu Santo). Y somos bautizados en él.

Hay otra razón para no usar el término “el bautismo en el Espíritu” más de lo necesario. Cuando comenzamos a hablar del “bautismo del Espíritu” comenzamos a pensarlo como una cosa. La imagen que viene a la mente es alguna marca en el alma o alguna insignia de mérito. La gente piensa frecuentemente del “bautismo del Espíritu” como un status asegurado. Si tenemos “el bautismo del Espíritu”, lo hemos logrado. Todo el mundo se divide en cristianos que tienen “el bautismo del Espíritu” y cristianos que no. En otras palabras, hablar de lo que sucede al ser bautizado en el Espíritu nos ayuda a darnos cuenta de que es solamente una experiencia (pasada) que nos proveyó de una introducción a una continua vida en el Espíritu. Lo que es importante no es “tener el bautismo en el Espíritu”, sino realmente vivir la vida del Espíritu.

Dos Eventos-¿o Uno?

Hay algunos problemas teológicos enredados conectados con la comprensión de lo que es ser bautizado en el Espíritu. Éstos merecen consideración, no obstante, porque una vez que entendemos la razón de estos problemas, podemos comprender más claramente lo que pasa cuando una persona es bautizada en el Espíritu.

El problema teológico más común con ser bautizado en el Espíritu es la cuestión de si venir a Cristo y recibir el Espíritu es un evento o dos. ¿Es una persona automáticamente bautizada en el Espíritu cuando se convierte en cristiana o es aquello algo que tiene que pasar posteriormente? Esta pregunta es usualmente planteada por protestantes evangélicos conservadores, pero a veces es planteada por católicos en un contexto ligeramente diferente (uno que es usualmente preocupado con el sacramento del Bautismo y la Confirmación).

Antes que todo, ser bautizado en el Espíritu *puede ser* diferente de venir a Cristo. Esto es verdad en la experiencia del día presente. Es verdad en las Escrituras, y era verdad en la Iglesia Primitiva.

Mucha gente hoy ha tenido dos experiencias diferentes en su venir a una relación más profunda con Cristo, y éstas experiencias han tenido efectos diferentes en sus vidas. Una de las primeras personas que conocí una vez quien pudo hablar sobre ser bautizado en el Espíritu era un evangélico que tenía todo en sus experiencias “de la manera apropiada”. Él “recibió a Jesús” en una cruzada de Billy Graham y luego se hizo parte de una iglesia evangélica conservadora. Como resultado de su conversión él pensó que “conoció” al Señor, y vivía una buena vida cristiana debido a ello, una vida que de ningún modo estaba carente de toda la experiencia cristiana.

Algunos años más tarde, fue convencido por algunos amigos suyos que tenían un trasfondo similar de que había algo más. Él podía verlo en ellos. Por ello él pidió ser bautizado en el Espíritu y lo fue, hablando en lenguas inmediatamente. Su vida de oración comenzó a ser una de alabanza y adoración. Las Escrituras le hablaban a él de una nueva manera. La presencia de Dios en él se hizo más experiencial y fluyente. Él podía sentir la dirección del Espíritu. En otras palabras, él comenzó a vivir la vida del Espíritu. Cuando él fue bautizado en el Espíritu, tuvo una experiencia diferente de cuando recibió a Cristo.

Uno de los primeros católicos con el que hablé una vez que había sido bautizado en el Espíritu tuvo una experiencia muy similar. Él había venido a conocer a Cristo de una manera adulta en un Cursillo. Luego de aquello tuvo una relación personal con él y vivió una buena vida cristiana por cierta cantidad de años. Luego fue bautizado en el Espíritu y recibió el don de lenguas. Como resultado de aquello, él también comenzó a vivir la vida del Espíritu con una nueva vida de oración, una nueva experiencia de la presencia de Dios, una nueva experiencia del obrar de Dios en su vida. Tanto para el protestante como para el católico, ser bautizado en el Espíritu fue diferente de venir a Cristo.

Lo mismo puede verse en las Escrituras. Las descripciones de personas recibiendo el Espíritu en Hechos muestran que la gente involucrada no recibía al Espíritu hasta después de haberse vuelto a Cristo, creído en él, y sido bautizados.

Esto queda especialmente claro en dos relatos. Cuando los discípulos en Éfeso recibieron al Espíritu, lo recibieron luego de creer y ser bautizados cuando Pablo les impuso las manos. (He agregado él énfasis a las palabras clave en los siguientes pasajes).

Quando escucharon esto fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús, y *en el momento en que Pablo les impuso las manos*, el Espíritu Santo vino sobre ellos, y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar.
(Hechos 19, 5-7)

Lucas parece ansioso de enfatizar que era la imposición de manos la cual era la razón para la venida del Espíritu sobre ellos, no el bautismo.

Lo mismo es verdad en el capítulo octavo de Hechos. El relato de cómo la gente en el pueblo samaritano recibió al Espíritu parece estar prevista para enfatizar el hecho de que no era el bautismo sino la imposición de manos la que daba el Espíritu Santo:

Cuando los apóstoles en Jerusalén escucharon que Samaria había aceptado la palabra de Dios, ellos enviaron a Pedro y a Juan, y bajaron allí y oraron para que los samaritanos recibieran al Espíritu Santo, ya que sin embargo no había descendido sobre ninguno de ellos. Éstos habían *sólo sido bautizados* en el nombre del Señor Jesús. Luego les impusieron las manos, y recibieron al Espíritu Santo. Cuando Simón vio que el Espíritu *era dado mediante* la imposición de manos por los apóstoles. . .

(Hechos 8, 14-18)

En otras palabras, en ambos pasajes, recibir al Espíritu Santo viene posteriormente a creer y ser bautizado. La diferencia entre ser unido a Cristo y recibir al Espíritu se confirma en los pasajes del Nuevo Testamento que mencionan a los dos de una manera paralela pero separada. El ejemplo más claro está en Tito 3, 5-6:

No fue por razón alguna sino por su propia compasión que él nos salvó por medio del *agua purificadora del nuevo nacimiento* y al *renovarnos con el Espíritu Santo* que ha sido tan generosamente derramado sobre nosotros a través de Cristo Jesús Nuestro Salvador.

Otro caso está en el tercer capítulo de Juan en donde Jesús está hablando a Nicodemo:

Les digo muy solemnemente, a menos que un hombre nazca a través del *agua* y *del Espíritu*, no puede entrar en el Reino de Dios.

(Juan 3, 5)

La Iglesia Primitiva (en efecto la Iglesia de hoy) mantiene la conciencia de la diferencia entre ser unido a Cristo y de recibir al Espíritu en el rito doble de iniciación (Bautismo y "Confirmación"). Sin importar cuando la gente fuese llevada a la Iglesia, tanto era bautizada como recibía la imposición de manos sobre ella con miras al Espíritu Santo (y luego era alimentada con la Eucaristía).

Muchos de los escritores en la Iglesia Primitiva hablaron acerca de la diferencia entre ser unido a Cristo y recibir al Espíritu. En el "orden eclesial" más antiguo, la *Tradición Apostólica* de Hipólito (alrededor del año 217), la oración para la imposición de manos para el recién bautizado era como sigue:

Oh Señor Dios, que contaste a estos siervos dignos de merecer el perdón de los pecados por el lavatorio de regeneración, hazlos dignos de ser llenos de tu Espíritu y envía sobre ellos tu gracia para que puedan servirte de acuerdo a tu voluntad.

Tertuliano en *Sobre el Bautismo* (cap. 6), escribió lo mismo que la *Tradicón Apostólica*, muestra la misma perspectiva:

No es que en las aguas recibamos al Espíritu, sino el lavado en agua . . . somos preparados para el Espíritu Santo.

Agustín en uno de sus sermones (aprox. en el 400) es incluso enfático sobre este punto:

Esta distinción entre la recepción del bautismo y la recepción del Espíritu Santo nos muestra con suficiente claridad que no debiéramos pensar que aquellos de quienes no negamos haber recibido el bautismo en seguida tengan el Espíritu Santo.

La misma perspectiva puede ser rastreada en muchos otros Padres de la Iglesia.

Pero por otro lado, ser bautizado en el Espíritu *debería normalmente no suceder en un momento diferente* de venir a Cristo. Esto parece ser verdad tanto desde las Escrituras como desde la práctica de la Iglesia Primitiva.

Probablemente el caso de la recepción del Espíritu en Hechos que fue el más normal fue el caso de Hechos 19. Cuando Pablo llevó al grupo de los 12 discípulos a la plenitud de la vida cristiana, primero los bautizó y luego les impuso las manos con miras al Espíritu Santo. En otras palabras, aún cuando hubo dos diferentes cosas que Pablo hizo, ocurrieron precisamente juntas. Él no esperó por un mientras entre los dos. La experiencia de aquellos discípulos de entrar a la vida cristiana para todos los propósitos prácticos era una experiencia. Ellos entraban del judaísmo (o semicristianismo) a la vida plena del Espíritu.

Esta era la manera más normal (y el modo en el que sucedió a los samaritanos en Hechos 8 no lo fue), y es confirmado por la práctica de la Iglesia Primitiva. La manera normal en la que una persona en la comunidad cristiana primitiva era llevada a la vida cristiana plena implicaba un evento en el que el nuevo cristiano era bautizado, ungido, se le imponían las manos, y se le daba la comunión. Todas estas cosas eran hechas en el mismo momento. Aún cuando había una variedad de ritos en este único evento, para todos los propósitos prácticos debía haber sólo una experiencia para aquellos que entraban a la vida cristiana. Ellos eran bautizados y recibían el Espíritu totalmente y de una vez. Pasaban de aprender sobre el cristianismo a la vida plena en el Espíritu sin pasar dos etapas.

Si es cierto que la manera normal en la que la gente venía a la vida cristiana incluían el ser introducido a la vida plena del Espíritu, entonces, cuando los escritores en el Nuevo Testamento escribieron sobre la vida cristiana, se estaban dirigiendo a comunidades de cristianos de quienes todos habían sido bautizados en el Espíritu. Los únicos dos grupos que conocían eran no cristianos y cristianos bautizados en el Espíritu. Los primeros no eran parte de

la comunidad cristiana. Ellos no tenían que lidiar con cristianos que eran parte de la comunidad cristiana pero quienes no estaban bautizados en el Espíritu.

Los escritos del Nuevo Testamento confirman esta perspectiva. Nunca hay ninguna urgencia en las cartas en el Nuevo Testamento para que algunos de los cristianos recibieran al Espíritu. Los escritores del Nuevo Testamento nunca se refirieron a dos grupos entre los cristianos: aquellos que han recibido el Espíritu y aquellos que aún no han recibido el Espíritu. De hecho, consistentemente los escritores del Nuevo Testamento presuponen que todos aquellos que estén escuchando las cartas han sido bautizados en el Espíritu. Incluso cuando ellos estén actuando de una manera no espiritual, los escritores no ponen en duda si han recibido el Espíritu. Más bien, dicen que no están viviendo por (o de acuerdo con) lo que ellos han recibido. (Véase 1 Cor 1-6, esp. 2, 12.16; 3, 16; 6, 11.17.19; Gal. 3,2; 4,6; 5, 25).

Es por esta razón que los escritos del Nuevo Testamento equiparan tan fácilmente a la nueva vida en Cristo y la vida del Espíritu. En el tercer capítulo de Juan, cuando Jesús habla sobre la vida nueva que es dada desde arriba, él está hablando de la vida del Espíritu. No sugiere que haya dos vidas (o dos nacimientos). Hay uno: la vida de lo alto, la vida del Espíritu (más que la de la carne). Cuando Pablo habla en Romanos 8 sobre lo que nos hace la vida nueva que nos es dada por medio de la fe en Cristo, él solamente ve dos opciones: vivir de acuerdo a la carne y en pecado o vivir de acuerdo al Espíritu y en Cristo:

Pero ustedes no están en la carne, están en el Espíritu. Si el Espíritu de Dios realmente habita en ustedes. Cualquiera que no tenga al Espíritu de Cristo no le pertenece a él. Pero si Cristo está en ustedes, aunque sus cuerpos estén muertos a causa del pecado, sus espíritus están vivos debido a la justicia. Si el Espíritu de él que levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, él que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos dará vida a sus cuerpos mortales también mediante su Espíritu que habita en ustedes. . . .
. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.

Incluso el pasaje de Tito que indica una diferencia entre lo que sucede en el lavado bautismal y la donación del Espíritu Santo solamente habla sobre un resultado para los dos:

No había razón excepto su propia compasión por la que él nos salvó por medio de agua purificadora del nuevo nacimiento y por nuestra renovación con el Espíritu Santo que él ha derramado tan generosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo Nuestro Salvador. Él hizo esto así para que debamos ser justificados por su gracia, para hacernos herederos esperando heredar la vida eterna.

(Tito 3, 5-7)

En otras palabras, la renovación del Espíritu Santo es parte de la justificación por gracia, el nuevo nacimiento.

Si es verdad que pueda haber una diferencia entre quedar unidos a Cristo y recibir al Espíritu, entonces es permisible hablar del bautismo en el Espíritu como algo diferente de convertirse en cristiano, y es permisible hablar de ello como una renovación de la Confirmación (y no sólo como una renovación de todo el proceso de iniciación). Es también permisible asignar diferentes efectos en el creyente para la unión con Cristo y la unión con el Espíritu Santo.

Por otro lado, si el ser unido a Cristo y recibir el Espíritu normalmente vienen juntos y se habla de ellos en el Nuevo Testamento como un evento (quizás un evento doble, pero no obstante un evento), entonces los dos no debieran normalmente estar separados en el pensamiento o la acción. Normalmente, por ello, una persona debiera ser unida a Cristo y bautizada en el Espíritu al mismo tiempo. Normalmente no debiéramos hablar de la diferencia entre la obra de Cristo y la obra del Espíritu en un creyente (Cristo está obrando en nosotros mediante su Espíritu). Y normalmente el venir a la vida cristiana debería verse como un proceso que incluye el Bautismo, la imposición de manos, y la recepción de la Eucaristía (convirtiéndose en parte completa del pueblo cristiano en su asamblea común). Además, el propósito del bautismo debería ser explicado normalmente como algo que trae a la gente a la vida plena del Espíritu en la comunidad cristiana, aún cuando el mismo Bautismo (en el sentido del baño en agua) es sólo un paso del proceso.

Evaluando el Cristianismo de Hoy

Tenemos dificultades para comprender lo que pasa cuando la gente es bautizada en el Espíritu Santo porque estamos viviendo en una situación diferente de la Iglesia Primitiva. Somos confrontados con un gran número de personas que son cristianas, pero cuya experiencia de la vida cristiana no es la misma que la experiencia que tenían los primeros cristianos. A ellos les falta algo. No están viviendo la plena vida del Espíritu. A veces, de hecho, su relación con Cristo es mecánica. Cuando intentamos aplicar las ideas del Nuevo Testamento a la situación moderna, ¿qué podemos decir de ello? La mayoría de cristianos con los que estamos lidiando están en la categoría que probablemente no existía en el Nuevo Testamento: el miembro de la Iglesia Cristiana que cree en Cristo pero no experimenta al Espíritu Santo.

Parece haber dos maneras de lidiar con esta situación. La perspectiva que ha sido asumida por muchos evangélicos conservadores es decir que debido a que los cristianos de hoy no tienen la misma experiencia de la vida cristiana que tenían los primeros cristianos, no son cristianos en lo absoluto. (O dicen que debido a que ellos no tienen la misma experiencia que tenían los primeros cristianos, no lo han recibido en lo absoluto).

La teología evangélica conservadora surgió a partir del Despertar Evangélico (la mayoría comenzó a través de la obra de Wesley) en el siglo 18 y 19. Los primeros evangélicos estaban preocupados porque los cristianos de sus días parecían ser tibios y carecían de la clase de experiencia de Cristo que los primeros cristianos tenían. También descubrieron personalmente que era posible tener una experiencia real de Cristo. Muchos de ellos entonces dieron el paso de decir que fue esta experiencia en la cual ocurría la experiencia de

salvación y que convertía a las personas en cristianos. Por “salvación” entendieron aquello por lo cual se permite a la gente a ir al cielo.

El centro de la enseñanza evangélica, entonces, ha sido “salvar a la gente”, lo que es, llevarlos a una experiencia de salvación. Esta experiencia llega a través de volverse al Señor y orar para que él “entre en nuestras vidas”, “sea nuestro Señor y Salvador” o sin importar cómo se exprese. Esta experiencia es descrita como “ser salvo”, “ser nacido de nuevo”, o “recibido a Jesús”. Algunos evangélicos enseñan que una vez que una persona ha tenido esta experiencia, automáticamente irá al cielo, sin importar lo que él haga después. La mayoría de evangélicos dicen que es una experiencia que hace cristiana a una persona. Todas las demás personas que creen en Cristo y están tratando de vivir de acuerdo a sus enseñanzas sencillamente no son cristianas en lo absoluto.

Hacia finales del siglo 19, muchos evangélicos comenzaron a sentir que aún no estaban teniendo la misma experiencia que los primeros cristianos tuvieron. Comenzaron a ver que había más. A inicios del siglo 20, algunos evangélicos (la mayoría del Movimiento de Santidad comenzaron a descubrir que si oraban en fe para ser bautizados en el Espíritu Santo, podrían experimentar las mismas cosas sucediéndoles a ellos que les pasaron a los primeros cristianos. Ellos podían experimentar la vida plena del Espíritu con todos los dones espirituales. Como resultado de este descubrimiento, el Movimiento Pentecostal se desarrolló).

Los primeros pentecostales eran mayormente evangélicos que tomaron la misma perspectiva hacia la nueva experiencia que los evangélicos tomaron hacia la antigua. Esta nueva experiencia es el segundo paso. Una vez que has sido “salvo” entonces puedes ser “lleno”. Además, sólo aquellos que tienen exactamente la misma clase de experiencia que los primeros cristianos habían tenido al Espíritu Santo completamente. Todos los demás cristianos, incluso cuando parezcan experimentar algo del Espíritu Santo o algo del obrar del Espíritu Santo, sencillamente no están “llenos del Espíritu” en lo absoluto.

Muchos evangélicos, sin embargo, no podían aceptar la experiencia pentecostal. Ellos señalaban (para su propia satisfacción) que en el Nuevo Testamento una persona recibía el Espíritu Santo (era bautizado en el Espíritu Santo) cuando quedaba unido a Cristo (era salvado). Los pentecostales, por supuesto, habiendo experimentado algo más, estaban convencidos de que los evangélicos estaban hablando como estar bautizado en el Espíritu no era lo que en el Nuevo Testamento era mencionado como estar bautizado en el Espíritu. Y ellos podían señalar pasajes del Nuevo Testamento en donde las dos experiencias eran diferentes (Hechos 2, 8, 10, 19). Algunos pentecostales, en un deseo de ser complacientes (o “ecuménicos”) han enfatizado que no quieren decir que suponen que cuando una persona fuese salvada no hubiese recibido al Espíritu Santo en lo absoluto. Ellos podrían incluso intentar distinguir qué pasajes del Nuevo Testamento referidos al Espíritu Santo cuando era poseído por aquellos que eran “salvos” y qué pasajes se referían al Espíritu Santo cuando era poseído por aquellos que también estaban “llenos”. Finalmente, algunos pentecostales han incluso propuesto dos diferentes experiencias para recibir al Espíritu Santo, siendo la primera, aquella por la cual

una persona es “salva”, y la segunda aquella por la cual ésta es “bautizada en el Espíritu Santo”.

Una segunda manera de lidiar con la situación presente en la cual hay muchos cristianos que no experimentan lo mismo que los primeros cristianos hicieron se encuentra en las enseñanzas católicas. Las enseñanzas católicas sostiene aquellos quienes han recibido apropiadamente oración para quedar unidos a Cristo y para recibir al Espíritu (bautizados y confirmados) son cristianos en buenas condiciones y han sido unidos a Cristo y recibieron al Espíritu incluso si no parecen tener ninguna experiencia directa de Cristo o del Espíritu.

Las enseñanzas católicas se basan en la perspectiva de que una vez que la Iglesia ha orado con fe para que alguien sea unido a Cristo y lleno del Espíritu, ha sucedido. La manera en la que los católicos dirían esto es que éstas personas han sido bautizadas y confirmadas y ahora son parte de la Iglesia. Ellos pueden perder su fe (dejar de creer) y caer en el pecado (apartarse de Cristo). En tal caso ellos ya no estarían “viviendo como cristianos/católicos/en gracia” y ya no estarían más en unión con Cristo. Pero hasta donde ellos aún tengan fe (crean) y no estén viviendo en pecado grave (se hayan arrepentido) y hayan sido bautizados, son cristianos en buenas condiciones.

Cuando un maestro católico echa un vistazo a la situación presente entre los cristianos y nota que la mayoría de ellos no parecen estar experimentando lo que los primeros cristianos experimentaron (o por lo que la Iglesia oró en los sacramentos del Bautismo y Confirmación), él no diría que por ello ellos no fuesen cristianos o no estuviesen unidos a Cristo en lo absoluto. Él diría que ellos necesitaban que los sacramentos tuviesen pleno efecto. Estos necesitaban alguna clase de revitalización o desarrollo o despliegue o renovación. Pero nunca diría que ellos no hubiesen recibido el Espíritu en lo absoluto.

Hay fortalezas en ambas perspectivas hacia la situación presente. Los evangélicos (incluyendo a los pentecostales) han descubierto que no hay razón para tener la misma experiencia que tuvieron los primeros cristianos. Ellos han descubierto que aquellos que quieran pueden orar al Señor en fe y tendrán una experiencia definida que los pondrá al mismo nivel de experiencia en el que los primeros cristianos estaban.

La perspectiva católica, sin embargo, tiene la ventaja de no simplemente rechazar al cristianismo de millones de personas que creen en Cristo y están viviendo buenas vidas cristianas, aún cuando no estén experimentando a Cristo o al Espíritu Santo del mismo modo en que lo hicieron los primeros cristianos. Las enseñanzas católicas tienen también la fortaleza de mantener en claro el hecho que la prueba más importante para la vida cristiana de una persona son los frutos de ella. La prueba es ya sea que él esté viviendo la vida cristiana, no qué clase de experiencia él haya tenido (Mateo 7, 21-28; 1 Cor 12, 1-3; Gal 5; 1 Cor 6, 9ss; 1 Cor 13; Ap 21, 6-8, etc).

Pero no obstante las dos perspectivas difieren en la manera en la que hablan de las cosas y cómo ellas hacen uso de los términos del Nuevo Testamento,

ellos están de acuerdo en dos puntos: 1) lo que el Nuevo Testamento describe como la norma de la vida cristiana debería estar allí completamente; 2) la mayoría de cristianos hoy carecen de esto en sus vidas cristianas. Ellos no experimentan lo que los primeros cristianos experimentaron o no tienen lo que debiera estar allí.

Hay, en efecto, un problema para toda clase de maestros cristianos, ya sean estos pentecostales evangélicos, pentecostales católicos, evangélicos que no son pentecostales, o católicos que no son pentecostales. El problema es cómo hablar de la persona que está en la categoría que los escritores del Nuevo Testamento no cubren explícitamente: el cristiano que no ha experimentado el estar bautizado en el Espíritu del mismo modo en que lo hicieron los primeros cristianos. Ya que los pasajes en el Nuevo Testamento sobre la vida “en Cristo” o “en el Espíritu” se refieren a personas que han sido bautizadas en el Espíritu, ellos no lo aplican simplemente a personas que no lo han sido. Pero ya que estas personas son en cierto modo cristianos, estos pasajes no son completamente inaplicables para ellos.

Podríamos no lograr encontrar una manera de hablar sobre estas cosas que satisfaga a todos, pero podemos mantener dos cosas en claro. Lo primero que necesitamos mantener en claro es lo que los primeros cristianos experimentaron. De ese modo podemos saber cuándo no estaremos experimentando lo que ellos experimentaron. De ese modo, también, evitaremos las racionalizaciones y confusiones que provienen de usar los términos del Nuevo Testamento para describir situaciones que son diferentes de aquellas que los escritores del Nuevo Testamento estaban hablando. Lo segundo que necesitamos mantener en claro es que si buscamos en fe, el Señor obrará en nuestras vidas lo mismo que obró entre los primeros cristianos. Podemos hacer con los términos del Nuevo Testamento una descripción de nuestras comunidades cristianas dejando que el Señor obre entre nosotros con plena libertad.

Una Espiritualidad Experimentada

Antes de seguir intentando decir qué significa hoy estar bautizado en el Espíritu, necesitamos considerar otra categoría de personas: aquellas que tienen mucha experiencia espiritual, pero no han tenido la misma clase de experiencia que tuvieron los primeros cristianos. La gente en esta categoría son usualmente monjes y monjas y otros “religiosos”. Son personas que han dado sus vidas completamente a buscar una vida profundamente espiritual, y que han frecuentemente experimentado verdaderas obras del Espíritu en sus vidas. Pero muchos de ellos no tuvieron la misma clase de experiencias que los nuevos cristianos tuvieron en Hechos (una experiencia definida de una llenura con el Espíritu que implique un don de alabanza inspirada), y quienes no parecieron experimentar los dones carismáticos.

Tradicionalmente, el crecimiento espiritual ha sido descrito en términos de la vía purgativa, la vía iluminativa, y la vía unitiva. En la vía purgativa una persona es purificada de los pecados e imperfecciones. En la vía iluminativa, una

persona viene a conocer a Cristo y crecer en cualidades como las de Cristo. En la vía unitiva, ésta experimenta el amor de Dios, y experimenta a Dios haciendo más en ella al darle una relación con sí mismo. En particular, comienza a experimentar a Dios dándole un don de oración (contemplación infusa) de manera tal que aquella oración ya no es algo en lo que ésta trabaje sino algo que Dios obra en ella.

Es en la tercera vía, la vía unitiva, que una persona comienza a experimentar al Espíritu Santo obrando en ella. En las primeras dos vías, lo que sucede es en gran medida debido a nuestros esfuerzos. En la vía purgativa, nos apartamos del pecado. En la vía iluminativa, buscamos conocer a Cristo y modelar nuestras vidas sobre las virtudes que él nos enseñó. Sin embargo, a la vía unitiva se le reserva la experiencia directa del Espíritu y su obrar en nuestras vidas. Como Bouyer lo pone en su *Introducción a la Espiritualidad*: “En la vía unitiva, la presencia, la actividad del Espíritu dentro de nosotros, se convierte como fuere, en objeto de la experiencia directa”. La manera en la que la actividad del Espíritu Santo en nosotros es más comúnmente experimentada es en la contemplación infusa en la cual está el Espíritu inspirando a una persona a la oración.

Una perspectiva común de estas tres “vías” (posiblemente la más popular visión de las tres vías, pero no la única) es que ellas son las tres edades de la vida espiritual, cada una de las cuales toma una cierta duración de tiempo. Una persona, entonces, tendría que comenzar con una cierta cantidad de purificaciones antes de que pudiese empezar a ser iluminada, y finalmente después de un periodo de crecimiento espiritual, podría entonces comenzar a experimentar una unión profunda con Dios y la obra del Espíritu Santo en ella. En otras palabras, el Espíritu Santo sería dado solamente a personas que hayan recibido un estado desarrollado de crecimiento espiritual.

De acuerdo a esta perspectiva, porque una persona no experimentase la presencia del Espíritu obrando en él hasta que hubiese alcanzado la edad unitiva no significa que el Espíritu no estuviese obrando en él. Él no podría haber crecido en la vida cristiana en lo absoluto si el Espíritu no hubiese estado obrando en él. Toda la vida cristiana es una obra de la gracia. Es el obrar experimentable del Espíritu -lo que hemos descrito como vivir la vida del Espíritu- lo que no llega hasta la edad unitiva. En otras palabras, de acuerdo a la perspectiva resumida en las tres vías, una persona no fue bautizada en el Espíritu hasta que haya alcanzado cierto grado de madurez espiritual.

La diferencia entre lo que está pasando ahora en la renovación carismática y lo que sucedió en algunas formas tradicionales de espiritualidad es que la gente en la renovación carismática está siendo bautizada en el Espíritu al principio de su crecimiento espiritual. Antes de la renovación carismática, no era común para la gente experimentar el don del Espíritu y la oración infusa hasta que varios años transcurriesen en su crecimiento espiritual. En verdad, los escritores espirituales tradicionales siempre han sabido que no debía tomar muchos años. Ellos sabían que podía pasar en cualquier momento. Pero normalmente no esperaban que sucediese hasta que una persona hubiese pasado muchos años en el crecimiento espiritual. Ahora sabemos que el

Espíritu puede ser dado libremente incluso a principiantes en la vida espiritual. Esta es claramente la manera en la que era dado en los tiempos del Nuevo Testamento. Mucha de la gente que era bautizada en el Espíritu en Hechos había acabado de escuchar el Evangelio por primera vez. Y los corintios y gálatas que estaban experimentando tantas obras del Espíritu se habían convertido apenas algunos años antes. Ellos eran “nuevos cristianos”. La mayoría de las personas en la comunidad cristiana de la que soy parte comenzaron su crecimiento espiritual solamente después de haber sido bautizadas en el Espíritu Santo.

Probablemente la razón principal para la diferencia entre las dos experiencias es la diferencia en la expectación. La renovación carismática es una renovación de lo que podría llamarse una “fe expectante”. La base de ello es el redescubrimiento de que si esperamos que Dios haga por nosotros lo que hizo por los primeros cristianos y si se lo pedimos, lo recibiremos. Ya que muchos hombres espirituales tradicionalmente no esperaron experimentar el obrar del Espíritu hasta que hubiesen pasado a través de un proceso de purificación e iluminación, no tenían fe en que sucediese más pronto, y por ello no lo veían suceder. El Señor parece darnos de acuerdo a nuestra fe.

Pero no deberíamos simplemente asumir que debido a que la experiencia del Espíritu viene más anticipadamente en la renovación carismática que cuando llega en la mayoría de formas tradicionales de vida espiritual, que la gente que siguió las formas tradicionales simplemente tuvo una forma inferior de vida espiritual. El punto de lo que he estado diciendo no es que necesariamente sea inferior, sino que es diferente, y necesitamos comprender la diferencia para ver lo que puede significar estar bautizado en el Espíritu para alguien criado en la espiritualidad tradicional.

Antes que todo, quienes han estado desarrollándose de acuerdo a una espiritualidad tradicional, frecuentemente tienen una gran madurez espiritual incluso si no han sido bautizados en el Espíritu. Ellos están viviendo en un nivel más alto como cristianos que muchos de quienes han sido bautizados en el Espíritu. Ellos están sirviendo al Señor mejor, amando a Dios y a su prójimo más. Podrían ser deficientes respecto a cierta experiencia, pero no son por ello peores cristianos de acuerdo a los estándares del Nuevo Testamento para juzgar a los cristianos (haciendo la voluntad del Padre). De hecho, cuando una persona es un nuevo cristiano que acaba de ser bautizado en el Espíritu, necesita pasar a través de gran parte del mismo proceso de crecimiento que es bosquejada en el tratamiento de las vías purgativa, iluminativa y unitiva. Éste no es un cristiano formado cuando es bautizado en el Espíritu.

En segundo lugar, ya que una persona ha sido formada en la espiritualidad tradicional significa que frecuentemente su experiencia del Espíritu será de algún modo diferente de aquellos quienes han sido parte de la renovación carismática. Nuestras experiencias tienden a ir de acuerdo a nuestras expectativas, debido a que es usualmente la única manera en que le dejaremos sucedernos. Por ejemplo, si una persona tiene cierta perspectiva de las relaciones interpersonales, todas sus relaciones con otras personas resultarán de esa manera, porque eso es lo que está buscando. Como resultado, alguien en la renovación carismática dejará al Señor darle el Espíritu Santo

rápidamente en una experiencia repentina, porque eso es lo que está buscando. Al mismo tiempo, él estará dubitativo respecto a aceptar un despliegue gradual del Espíritu, como algo que es el verdadero objeto, debido a que lo que él ha estado buscando es la experiencia completa. Por otro lado, alguien formado en la espiritualidad tradicional estará más inclinado a tener el mismo Espíritu desplegado en él gradualmente, y tendrá problemas rindiéndose ante un repentino salto en su experiencia espiritual.

En tercer lugar, aquellos quienes han sido criados en la espiritualidad tradicional han estado acostumbrados a una diferente perspectiva para relacionarse con Dios que lo que ellos encuentran en la renovación carismática. Casi siempre, ellos no acostumbraban hacer la clase de acto de fe en las promesas de Dios que los cristianos nuevos encuentran tan fácil. Éstos están acostumbrados a esperar pacientemente sin ningún suceso discernible. Además, a veces esperan que el Espíritu les sea dado debido a su sumisión a la voluntad de Dios (más que por pedirlo con fe). A veces, si su formación no ha sido saludable, ellos incluso han estado acostumbrados a suprimir sus propias emociones y deseos y a tener miedo de creer que Dios quería darles dones (más que querer que sufran).

A causa de las diferencias entre la renovación carismática y las formas tradicionales de espiritualidad, la gente que ha sido criada en la espiritualidad tradicional frecuentemente tiene dificultades especiales para comprender qué es estar bautizado en el Espíritu. A veces esta dificultad viene de su misma naturaleza en la vida espiritual. Luego de muchos años de crecimiento espiritual, ellos encuentran difícil pedir lo mismo que algún estudiante de primer año de universidad que recién acaba de convertirse está pidiendo.

A veces esta dificultad viene del hecho de que han experimentado algo de la vida del Espíritu. Cuando ellos escuchan una descripción de lo que sucede cuando una persona es bautizada en el Espíritu, sienten que en ciertos sentidos lo necesitan, y en otros no. Por esto, ellos encuentran que no lo pueden pedir ambiguamente o con plena fe.

A veces esta dificultad proviene de su formación. Si no se les ha enseñado a reclamar las promesas de Dios en las Escrituras, sino que les ha sido dada una actitud semiestoica (esperar con sumisión paciente para ver si quizás el Señor podría darles algún favor y tener fe en su amor incluso si no experimentas nada) y un temor de sus propios deseos y emociones, éstos encontrarán muy difícil abrirse a la obra del Espíritu. Ellos, como una cuestión de hecho, encontrarán difícil ya sea que la vida del Espíritu sea descrita a ellos de la manera tradicional, o del modo en que ha sido vivida en la renovación carismática.

Debido a estas dificultades, vivir en una comunidad de personas que estén viviendo la vida del Espíritu es también importante para la gente que ha sido criada en la espiritualidad tradicional. Lo que la renovación carismática tiene que ofrecerles es una actitud de fe nueva, más eficaz. Esta nueva actitud de fe no es tan diferente de lo que han tenido por lo que podrán entenderla fácilmente. Tampoco implicará un rechazo total de sus anteriores enseñanzas y

patrones de vida. Lo que necesitan es una serie de ajustes, por toda su mentalidad cristiana, y usualmente tales ajustes vienen solamente mediante el tomar parte de una comunidad que esté viviendo de una nueva manera.

Plenamente en Cristo

¿Qué es entonces ser bautizado en el Espíritu? En un sentido es lo mismo para todos: un cambio en su relación con Dios tal que experimenten el pleno obrar del Espíritu (todo lo que los primeros cristianos experimentaron o que fue prometido en el Nuevo Testamento). Pero, ya que personas diferentes tienen diferentes relaciones con el Espíritu Santo cuando son bautizadas en el Espíritu, significativamente diferentes cosas diferentes les suceden a ellos.

Parece haber tres categorías principales de cosas que les pasan a las personas cuando son “bautizadas en el Espíritu”. En primer lugar, puede ser una completa entrada a la vida plena de Cristo (la vida plena del Espíritu): de la nada al todo. Esto es para no cristianos (gente que no creía en Cristo antes de recibir oración para ser bautizado en el Espíritu), para cristianos nominales (personas que se llaman a sí mismos cristianos por una razón o por la otra, pero cuyas “vidas cristianas” existen sin comprensión, sin convicción, sin oración, sin ninguna experiencia de Cristo o de cualquier pista de que él haya afectado sus vidas), y para cristianos alejados (personas que una vez fueron cristianas pero que han completamente abandonado su fe hasta que llegaron a recibir oración). Para las personas en esta categoría, cuando son bautizadas en el Espíritu, se unen a Cristo y nacen de nuevo.

En segundo lugar, estar bautizado en el Espíritu puede ser una transición de una vida cristiana vivida “de acuerdo a la doctrina” a una vida vivida “de acuerdo a la doctrina”. Esto es para la gente que cree en Cristo y está tratando de vivir la vida cristiana (con cierto grado de devoción), pero que no tienen una experiencia directa del obrar del Espíritu en ellos. Su cristianismo es una cuestión de enseñanzas en las cuales creen, prácticas que realizan, y una moralidad que guardan. Para la gente en esta categoría, cuando son bautizados en el Espíritu, son introducidos a la vida del Espíritu en ellos de una manera la cual puedan experimentar. Ellos comienzan la vida del Espíritu.

Finalmente, para algunos, ser bautizado en el Espíritu puede significar algo como “un despliegue carismático”. Esto es para la gente que ya es “espiritual”, que tienen cierta formación en espiritualidad y han experimentado la presencia y obrar del Espíritu de alguna manera. Pero hay cosas faltantes en su vida del Espíritu. Usualmente, ellos no tendrán la clase de fe directa que pide resultados y los ve suceder. Usualmente no experimentarán la “alabanza inspirada” (el don de lenguas). Usualmente no experimentarán los otros dones espirituales (profecía, discernimiento de espíritus, sanación, etc). Lo que es ser bautizado en el Espíritu significa para la gente en esta categoría no es una simple recepción del Espíritu. Más bien es una liberación del Espíritu en ellos de manera tal que puedan experimentar todas las obras normales del Espíritu. Podría ser incluso más apropiado hablar de lo que les sucede como una liberación de su fe más que de una llenura del Espíritu o como estar bautizados en el Espíritu.

Quizás debemos mencionar a un último grupo: aquellos que han experimentado todas las obras del Espíritu del Nuevo Testamento, pero se han dado cuenta. Hay mucha gente así, y ha habido mucha gente a lo largo de los siglos. Frecuentemente la gente ha experimentado el don de lenguas y no sabían lo que les había pasado ni pensaron alguna vez que “aquel balbuceo” podía ser algo tan significativo como el don de lenguas. O ellos han experimentado revelaciones proféticas e impulsos, pero no han sabido que tales cosas podían ser expresadas como un mensaje de Dios. Es solamente en un clima en el cual todas las obras del Espíritu son aceptadas y se mencionadas que tales dones pueden ser descubiertos y madurados.

Reconocer que ser bautizado en el Espíritu puede significar diferentes cosas para gente diferente no significa que estar bautizado en el Espíritu es menos importante para algunos que para otros. Si estamos determinados a ser cristianos, queremos tener todo lo que Cristo quiere que tengamos. Más bien, reconocer las diferencias apunta hacia una necesidad que a veces ayuda a gente diferente de maneras diferentes.

Nuestras dificultades para comprender lo que es ser bautizado en el Espíritu ilustra una antigua verdad que es la base de todo el aprendizaje: podemos entender sólo lo que hemos experimentado. Teólogos muy preparados y exegetas que nunca han experimentado una comunidad en la cual todos estuviesen bautizados en el Espíritu y en la cual los dones espirituales son una parte normal de la vida, frecuentemente luchan por comprender un pasaje en el Nuevo Testamento que es perfectamente claro para algún cristiano nuevo que acaba de experimentar a lo que el pasaje se está refiriendo. Además, la gente que viene de diferentes tradiciones interpretarán usualmente la misma verdad de diferentes maneras, porque están intentando relacionarla con diferentes experiencias.

Con miras a poder tomar el Nuevo Testamento de la manera en que fue escrito, tenemos que tener comunidades que sean iguales a las comunidades a las del Nuevo Testamento. Por ejemplo, una vez que tengamos comunidades en las que todos estén bautizados en el Espíritu, podremos leer la epístola de Pablo a los Romanos como una clarificación de la experiencia de todos de la redención y no como un gran misterio teológico que creemos con fe pero que nunca tomaríamos como una descripción precisa de lo que nos ha sucedido.

Nuestra meta es estar plenamente en Cristo. Debemos querer todo lo que el Señor está ofreciéndonos. Deberíamos estar trabajando para construir comunidades cristianas que estén experimentando la vida plena del Espíritu, comunidades en las que cada miembro ha sido bautizado en el Espíritu y que sea edificado por los dones espirituales. Debe haber comunidades que puedan tomar a aquellos que vienen buscando a Cristo y guiarlos hacia la vida plena del Espíritu.

Necesitamos, en otras palabras, una restauración de la vida comunitaria que existía en la Iglesia Primitiva en el periodo del Nuevo Testamento y en los primerísimos siglos. Y junto con esto, necesitamos una restauración de la

iniciación cristiana en la cual a los nuevos cristianos se les enseñe lo que era la vida cristiana, sean liberados de los espíritus malignos, sean bautizados en agua y el Espíritu sean alimentados con el cuerpo y la sangre de Cristo. Una vez que ellos estén plenamente en Cristo, todo lo cual fue dicho en el Nuevo Testamento sobre los cristianos se les aplicará a ellos.

Dones Espirituales

*“Ahora, respecto a los dones espirituales, hermanos,
no quisiera que estén desinformados”.*
(1 Cor. 12, 1)

“Ahora, respecto a los dones espirituales, hermanos, no quiero que estén desinformados”. Con estas palabras, San Pablo comienza el Capítulo 12 de su primer carta a los corintios. Él quiere que tengan información de los dones espirituales. Quiere que los corintios entiendan lo que son los dones espirituales y cómo debieran funcionar en la vida de la Iglesia. Él está preocupado porque sabe que los dones espirituales pueden ser una gran fuente de fortaleza para la Iglesia, así como una ocasión de problemas.

Es difícil saber qué escribiría Pablo a la Iglesia hoy. Él no quería tener a los corintios desinformados, pero pocos cristianos hoy saben gran cosa sobre lo que él quería que supieran los corintios. Pocos entienden qué dones espirituales hay o su lugar en la vida de la Iglesia. Ahora que hay una renovación en el uso de los dones espirituales entre nosotros, y muchos están experimentando a la profecía, sanación, hablar en lenguas, y el resto, se ha hecho incluso más importante comprender el lugar de estas “manifestaciones del Espíritu” en la vida de la Iglesia.

Algunos cristianos no creen que los milagros sucedieron luego de la muerte del último apóstol. Sin embargo, muchos aún esperan que éstos ocurran en cada siglo y en cada lugar. No hemos olvidado que Dios sana directamente, que habla mediante profecías, que eventos extraordinarios acompañan su obra.

El gran teólogo del siglo 13, Tomás de Aquino, en *Summa Theologiae* (en la sección sobre las “Gracias Libremente Dadas”) enseñaba que los cristianos necesitan los dones espirituales, porque la revelación cristiana contiene verdades más allá del poder de conocer del hombre. En consecuencia, un cristiano necesita dones especiales de Dios para conocer la verdad cristiana y predicarla, y necesita tener a su predicación acompañada de señales para que otros crean.

Aún en nuestro tiempo, la Iglesia Católica en el Concilio Vaticano enseñó a los cristianos que ellos deberían esperar los dones espirituales. En el Decreto sobre el Apostolado de los Laicos (sec. 3) los padres del Concilio dicen:

Para el ejercicio de este apostolado (de evangelización) el Espíritu Santo que santifica al pueblo de Dios mediante el ministerio y los sacramentos, da a los fieles dones especiales también (cf. 1 Cor. 12, 7), “repartiendo a todos de acuerdo a su voluntad” (1 Cor 12, 11). Así puede el individuo “de acuerdo a los dones que cada uno ha recibido, administrarlos a los demás” y convertirse en “buenos administradores de la gracia múltiple de Dios” (1 Ped. 4, 10) y a edificar a todo el cuerpo en la caridad (cf. 4, 16). De la recepción de estos carismas o dones, incluyendo aquellos que son menos dramáticos, surge allí para cada creyente el derecho y el deber de usarlos en la Iglesia y en el mundo para el bien de la humanidad y para la edificación de la Iglesia.

Algo similar se declara en la Constitución sobre la Iglesia (sec. 12). El hecho de que los padres conciliares enfatizaran que estamos llamados a los dones menos dramáticos indica que ellos también esperan los dones más dramáticos, la clase de la que Pablo habla en 1 Cor. 12.

Sabemos por la Biblia que debiéramos esperar dones espirituales. Al final del evangelio de Marcos, el Cristo resucitado dice a los apóstoles:

Vayan por todo el mundo y predicen el evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará. Y éstas señales acompañarán a aquellos que crean: en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán en nuevas lenguas, cogerán serpientes, y si beben cualquier bebida mortal, no les hará daño, impondrán manos sobre los enfermos, y éstos se recobrarán.

O Pablo dice en 1 Cor 13, 8-10:

El amor nunca acaba, como con las profecías, éstas pasarán; como con las lenguas éstas cesarán; como con el conocimiento pasará. Porque nuestro conocimiento es imperfecto, y nuestra profecía es imperfecta, pero cuando venga lo perfecto, lo imperfecto pasará.

“La venida de lo perfecto” debe significar la segunda venida. Ciertamente no se está refiriendo a algo que ya haya sucedido. ¿Quién ha sugerido que ya ha llegado lo perfecto y lo vemos cara a cara? Hasta que Cristo venga podemos esperar los dones espirituales.

Debemos esperar ver los dones espirituales en la vida de la Iglesia. Y no debiera sorprendernos saber que se están convirtiendo en tan frecuentes como lo eran en los tiempos del Nuevo Testamento. Sabemos que si la Iglesia está por renovarse y si el mundo puede aún ser llevado a Cristo, debe haber una obra especial del Espíritu Santo. Fue la toma de conciencia de esto la que guió al Papa Juan cuando oró por el Concilio Vaticano: “Renueva tus maravillas como en un nuevo Pentecostés”.

¿Qué son los Dones Espirituales?

San Pablo escribió sobre los dones espirituales en su primera carta a los corintios, en los capítulos 12-14. Si queremos entender más plenamente lo que son los dones espirituales y cómo éstos debieran usarse podemos estudiar estos capítulos. Estos capítulos son instrucciones especiales de Pablo sobre los dones espirituales a la Iglesia en Corinto, una iglesia que él había fundado. Él comienza toda la sección hablando sobre los dones espirituales que él tiene en mente: la manifestación de sabiduría, la manifestación de conocimiento, fe, sanación, milagros, profecía, la capacidad de distinguir entre espíritus, diversas clases de lenguas, la interpretación de lenguas.

En este punto a veces nos confundimos. Sabemos algo de los dones espirituales, pero nos enseñaron en las clases del catecismo que hay solamente siete de ellos: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, piedad, fortaleza, y temor del Señor. Para comprender de lo que Pablo está hablando, necesitamos comprender que hay diferentes clases de dones espirituales. Los siete dones son dones que vienen junto con el Espíritu para el fortalecimiento de cada cristiano individual. Los nueve dones de los que San Pablo está hablando son a veces llamados dones carismáticos, y son un tipo diferente de

don. Ya que consideramos lo que son, veremos cómo ellos difieren de los siete dones.

Pablo describe los nueve dones de los que está hablando como “manifestaciones” del Espíritu. En otras palabras, cuando vemos un don espiritual obrando, nos damos cuenta de que el Espíritu está en acción. Un don espiritual nos hace conscientes de su presencia. Por ejemplo, cuando vemos a alguien sanado milagrosamente, o cuando escuchamos una profecía, sabemos que el Espíritu está presente y en acción. Cuando alguien está presente en una manifestación del Espíritu, es difícil para él pensar que Dios está muerto.

Los dones espirituales también nos hacen conscientes del poder de Dios. Ellos manifiestan su capacidad de cambiar el mundo. En una conferencia reciente de hombres en el ministerio pastoral, varias personas fueron soberanamente sanadas de dolencias físicas que ellas habían cargado por largo tiempo. Muchos de aquellos asistentes habían sido muy escépticos respecto a la sanación hasta que atestiguaron el don en obra ante sus ojos. Ellos regresaron a sus iglesias con una nueva fe en la eficacia de la oración y la acción de Dios. Este es el efecto que los dones auténticos pueden tener en la vida de la gente. Si vemos a una persona sorda sanada, o si recibimos una profecía y la vemos cumplida, tendremos una confirmación de una manera aún más profunda de que el poder de Dios es por mucho suficiente para hacer todas las cosas. Aquello es el por qué San Pablo habla de los cristianos como habiendo “probado los poderes de la era por venir” (Heb 6, 5).

Los dones espirituales, entonces, son manifestaciones de la presencia y poder de Dios. Este es el por qué sería un error decir que el don de sanación es lo que tienen los médicos, o que el don de lenguas es la capacidad que adquiriste en la escuela para hablar una lengua extranjera, o que el don de interpretación es lo que los traductores de Berlitz tienen. Todas estas cosas pueden en cierto sentido ser dones de Dios, pero no son la clase de dones espirituales de los que está hablando Pablo. Si fuese a intentar decir a un médico no cristiano que su habilidad médica es un don espiritual y una manifestación del Espíritu y que por ello debiera hacerse cristiano, él respondería que no puede ver que tenga algo que ver con el Espíritu. Él la aprendió en la escuela. Además, el podría decir que si su capacidad fuese una manifestación del Espíritu, sería una prueba excelente de que podrías tener todos los dones espirituales sin ninguna fe en Cristo en lo absoluto. La fe cristiana, de acuerdo a esta perspectiva, no sería de ningún valor para obtener los dones del Espíritu.

Por ejemplo, está claro lo que Pablo quería decir cuando hablaba sobre los dones de sanación. Él mismo sanaba a la gente instantáneamente, no mediante el uso de técnicas médicas, sino por una sencilla orden (Hechos 14, 8). Y era una manifestación para la gente que el poder de Dios estaba presente. También queda claro que cuando él habla sobre el don de lenguas, no está hablando sobre una lengua extranjera que él comprenda, sino que está hablando de hablar en un lenguaje que no entiende (1 Cor 14, 14).

Mientras comienza a hablar de los dones espirituales, San Pablo nos da una lista de la clase de dones que tiene en mente. Hay otras listas de dones

espirituales en el Nuevo Testamento (Rom. 12, 4-8 y 1 Ped 4, 10-11), y no son los mismos que en la lista de 1 Cor. 12, 4-11, por lo que es improbable que San Pablo no estuviese intentando dar una lista completa de todos los dones espirituales. Sin embargo, él sí nos da suficientes ejemplos de dones espirituales para que podamos entender de lo que está hablando.

Dones de Enseñanza

Los primeros dos dones que San Pablo menciona son dones de enseñanza: la *manifestación de sabiduría*, (a veces traducida como “la palabra de sabiduría”) y la *manifestación de conocimiento* (traducida a veces como la “palabra de conocimiento”). Éstas son inspiraciones especiales por las cuales Dios obra mediante una persona para dar entendimiento a otra persona o a un grupo de personas. Una persona a la que se le da una manifestación de sabiduría o una manifestación de conocimiento puede entonces dar una lección (una instrucción o una explicación) en la asamblea cristiana (1 Cor. 14, 26) o quizás una palabra especial de consejo o instrucción a una persona en particular. El Nuevo Testamento en gran parte, especialmente las epístolas, está compuesto de manifestaciones de sabiduría y conocimiento: enseñanzas inspiradas.

La manifestación de sabiduría probablemente se refiera a algo diferente de la manifestación de conocimiento. La manifestación de sabiduría trata de la mejor manera de vivir. Es una expresión de la guía de Dios para cómo vivir como un cristiano. Cuando Cristo hablaba al joven rico y le aconsejaba vender sus posesiones y seguirle (Marcos 10, 20), estaba dándole una palabra de sabiduría. O cuando Pedro habló en el Concilio de Jerusalén y dijo que los gentiles no debían seguir toda la ley mosaica, recibió una manifestación de sabiduría de Dios. Mucho de lo que Pablo dijo en 1 de Cor 12-14 eran ejemplos de la manifestación de sabiduría: enseñanza espiritual práctica. La manifestación de conocimiento, por otro lado, es más de lo que llamaríamos enseñanza doctrinal. Es el Espíritu inspirando a alguien para declarar una interpretación de una verdad del misterio de Cristo. La enseñanza de Cristo sobre la relación entre el Padre y el Hijo en Lucas 10, 22 sería un ejemplo de la manifestación de conocimiento, como lo sería el primer capítulo de Efesios en donde Pablo enseña a los efesios sobre el plan de Dios.

Cuando él está hablando sobre la manifestación de conocimiento, Pablo ciertamente no quiere decir un conocimiento especial de los hechos que una persona no podría haber conocido de otro modo. He estado presente y he visto a una persona –mediante la operación de un don espiritual- contarle a otra persona sobre su pasado del que no podría haber sabido, o contarnos lo que está sucediendo en una habitación en la que no estuvo presente. Las revelaciones frecuentemente suceden, pero no es a lo que Pablo se refiere como “manifestación de conocimiento”. Cuando tal cosa sucedía en el Nuevo Testamento, la gente la consideraba como una indicación de que esa persona era un profeta (Juan 4, 16-19; Lucas 7, 39), pero ellos no lo consideraban “conocimiento”, una palabra que en el Nuevo Testamento es usada para describir el conocimiento de Dios y los misterios de Dios.

La manifestación de sabiduría y conocimiento son dones espirituales que obran mediante el entendimiento. El Espíritu inspira a una persona a comprender una verdad, a entender cosas en la manera en la que Dios las entiende, y luego a hablar de ellas. Hay una diferencia entre el entendimiento natural, adquirido por el estudio, y el entendimiento inspirado. El entendimiento inspirado alimenta al espíritu de una manera en la que el entendimiento natural no puede, porque es una manifestación de la presencia del Espíritu en una persona. Hace un cambio profundo en la gente, dándoles un incremento de vida espiritual.

Recuerdo estar presente una vez cuando un maestro cristiano hablaba del amor de Dios. Incluso cuando él hablaba, tuve una impresión de la presencia de Dios y estaba orando mientras estaba escuchando a sus palabras. Cuando él acabó, hubo un cambio en toda la habitación. La gente había vuelto a la vida, y había una nueva impresión de la presencia del Espíritu. Aún cuando lo que él tenía que decir no era muy impresionante de manera natural, todos sabían que Dios había hablado a través de él.

En otra ocasión, estaba presente mientras un cristiano maduro estaba hablando a un joven que había acabado de ser bautizado en el Espíritu. Él estaba explicando cómo vivir la vida cristiana, y podía ver por la expresión en la cara del joven que su vida estaba siendo cambiada por aquellas palabras. Además, el hombre mayor no conocía al más joven tan bien como yo lo hacía, y estoy seguro de que no podría haber sabido cuán apropiado era lo que estaba diciendo para aquel hombre. El Espíritu, no obstante, estaba obrando a través de su mente para instruir a un nuevo cristiano. Cuando le pregunté luego cómo dejaba obrar a estos dones, él dijo que cuando sentía la presencia del Espíritu tratando de usarlo, rendía su mente al Espíritu y “veía” qué decir y cómo decirlo. Dijo que muy frecuentemente en tales situaciones, aprendía tanto como a la persona a la que estaba hablando, y que frecuentemente se encontraba a sí mismo sabiendo cosas que nunca había estudiado o pensado en el tiempo.

Dones de Señales

Los siguientes tres dones que menciona San Pablo podrían llamarse dones de señales: *fe*, *dones de sanación*, y *la operación de milagros*. Éstos son dones que manifiestan el poder de Dios en el mundo de una manera particularmente extraordinaria. Ellos llaman la atención hacia la realidad de Dios, y así llevan a la gente al conocimiento de Dios. Las palabras de Cristo al final del evangelio de Marcos nos cuentan que ésta es la manera de Dios para confirmar la verdad del mensaje:

Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará, pero el que no crea se condenará. Y estas señales acompañarán a aquellos que crean: en mi nombre echarán fuera demonios. Hablarán en nuevas lenguas; cogerán serpientes; y si beben cualquier bebida mortal, no les hará daño; impondrán manos sobre los enfermos, y se sanarán. . .Y ellos marcharon y predicaron por todas partes, mientras el Señor obraba en ellos y confirmaba el mensaje por las señales que los acompañaban.

Estuve presente en un servicio “evangelístico” de Kathryn Kuhlman en Los Ángeles un verano, y allí vi el poder de los dones espirituales para llevar a los hombres a Cristo. El mensaje en el servicio era sencillo, sin mucho poder en éste. Pero gran parte de la reunión se dedicó a la oración para que Dios sane a las personas. Iniciando el servicio un par de hombres dijeron que habían sido sanados la vez anterior. Uno había sido sanado de artritis paralizante (Como lo declaró: “No podía incluso arrancar la hierba de mi jardín, estaba muy mal”). Otro hombre había sido curado de cáncer terminal y tenía a su médico con unos rayos X tomados una semana aparte para mostrar la autenticidad de la cura. Ninguno de los hombres era cristiano cuando fue curado. En el transcurso de ese servicio, unas 35 personas pasaron adelante y dijeron que fueron curadas de una diversidad de cosas. Un niño pequeño había sido sordo de un oído y tenía previsto ser operado en aquella semana para sellar su tímpano. Ahora podía oír. Un par de personas se curaron de artritis. Una mujer a quien había visto antes en muletas y en abrazaderas podía ahora pasear y caminar normalmente por primera vez desde un accidente de automóvil nueve años antes. Al final del servicio, la mujer que estaba dirigiéndolo preguntó cuántos hombres querían hacerse cristianos. Cerca de 150 hombres llenaron el frente del auditorio para comprometer sus vidas con Cristo, y hubo probablemente aún más mujeres que no pudieron encontrar un lugar.

Tales cosas han sucedido por muchos años. En el santuario de Lourdes en Francia, mucha gente se ha vuelto a Cristo porque han visto obrar el poder de Dios de maneras extraordinarias. Las vidas de los santos como Antonio, Francisco y Vicente Ferrer contienen historias de milagros que convirtieron a pueblos enteros. Cuando los hombres ven el poder de Dios hacer algo extraordinario, ellos en verdad se maravillan y en verdad que se vuelven a Dios. Cuando ellos pueden verlo en acción en el mundo de una manera que va más allá de lo que los seres humanos por sí mismos pueden hacer, ellos reconocen la necesidad de confrontarlo.

Los dones de señales, entonces, son el obrar del Espíritu con poder mediante ciertos cristianos, para que los hombres puedan conocer la verdad del mensaje cristiano. El primero de éstos –el don de fe- no es lo mismo que la fe por la cual todos los cristianos creen y se vuelven a Cristo. Aquella es dada a todos los cristianos, no solamente al “otro”. Aquella clase de fe es lo que hace a los hombres cristianos. Esta clase de fe es un don espiritual especial.

El don carismático de fe parece ser un don especial de oración. Es un don para orar con una confianza dada por Dios, y produce resultados extraordinarios. La persona que ora con fe sabe a través de la obra del Espíritu en él que lo que pida será dado. Es la clase de fe de la que Cristo estaba hablando cuando dijo en el Evangelio de Marcos (Marcos 11, 23): “En verdad les digo, quien diga a esta montaña: ‘Levántate y lánzate al mar’, y no lo duda en su corazón, sino que cree que lo él dice vendrá a suceder, será hecho para él”.

El don de fe es lo que el profeta Elías tuvo cuando confrontó a los profetas de Baal. Él los desafió a una competencia. El dios que sea enviaría fuego del cielo a consumir una ofrenda abrasada sería el Dios de Israel. Los profetas de Baal

realizaron cada rito que pudieron, sin ningún resultado en lo absoluto. Elías, por otro lado, empapó primero la ofrenda con agua para que no hubiese duda del poder de Yahvé, y luego simplemente oró, sabiendo que Dios respondería. Y lo hizo. Tal fe es dada por Dios. No importa cómo un hombre intente lograr tal fe, éste no podría hacerlo por sí mismo.

Los dones de sanación son diferentes del poder de la oración de sanación que es parte de la vida ordinaria de la comunidad cristiana. Los cristianos oran unos por los otros por una variedad de cosas y ven resultados. En nuestra comunidad, hemos visto gente curada de migrañas que habían tenido por años, de resfriados y gripe, de ataques de epilepsia. No toda oración ha sido respondida, pero hemos visto más de lo que puede ser explicado solamente por accidente. Recientemente la gente ha estado acercándose al sacramento de la unción con fe nueva y viendo resultados. Sé de al menos una persona que estaba rendida como desesperada, que mejoró justo luego de recibir el sacramento y está bien hoy. Muchos sacerdotes pueden contar historias de las diferencias que el sacramento ha hecho. Estas cosas son parte de la vida normal de la comunidad cristiana.

Hay, sin embargo, gente que parece tener un don especial de sanación. Cuando ellos oran por sanación, los resultados suceden, y suceden con mayor frecuencia y con efectos más extraordinarios que lo que suceden con otras personas. El Espíritu obra mediante ellos para producir “obras de poder”, para producir “cosas para que las personas queden asombradas”, para producir milagros. Estas personas tienen un don espiritual especial, probablemente porque Dios desea usarlas para llevar a otros a conocer a Cristo.

Dones de Revelación

Los siguientes cuatro dones son dones que podrían ser llamados dones de revelación: *profecía*, *la capacidad para distinguir entre espíritus*, (a veces llamado discernimiento de espíritus), *diversas clases de lenguas*, y *la interpretación de lenguas*. Éstos son dones por los cuales Dios hace conocido algo sobre la situación actual de su pueblo.

El discernimiento de espíritus ha sido llamado la protección de la comunidad cristiana. Este es el don que permite a un hombre “distinguir entre espíritus”, para decir si un espíritu maligno está en acción en una persona o situación, o si es el Espíritu Santo, o si es solamente el mismo espíritu de un hombre. Este es probablemente la obra del Espíritu por el cual Pedro “vio” que Simón estaba “en la hiel de la amargura y el lazo de la iniquidad” cuando intentó comprar el poder para conferir el Espíritu (Hechos 8, 23), o por el que Pablo pudo “ver” que el Espíritu Santo había dado al paralítico la fe para ponerse bien (Hechos 14, 9).

El discernimiento de espíritus es una clase de visión o de sensación. Una persona me describió cómo el don de discernimiento obraba en él al decir que frecuentemente podía casi ver la presencia del Espíritu Santo con poder como un brillo. Le pregunté qué podía discernir en algunas personas que él no conocía pero a quienes yo sí conocía. Como Pablo él “se esforzó atentamente” y luego me dio una descripción de aquellas personas que conocía de modo

preciso y que estaba más allá del poder de incluso una sensibilidad psicológica extraordinaria. Otro hombre me dijo una vez cómo al hablar a una joven, estaba conciente de que lo que estaba apartándola de volverse a Cristo era la influencia (no posesión) de un espíritu maligno. Como lo expresó, él solamente podía sentir que esa era la causa, sin que ella lo supiera. Su discernimiento fue probado como cierto por el cambio marcado en la actitud de la joven luego que él orase con ella por liberación de la influencia del espíritu maligno. (Ella no se dio cuenta de que había orado por ésta de ese modo, porque oró en una lengua extraña). En otras palabras, el discernimiento es una revelación espiritual del obrar de diferentes tipos de espíritus en una persona o situación, un medio por el cual Dios hace a los cristianos concientes de lo que está pasando.

La profecía es un don por el cual Dios dice mediante una persona un mensaje a un individuo o a toda la comunidad cristiana. Es Dios haciendo uso de alguien para decir a los hombres lo que él piensa de la situación actual o cuál es su intención para el futuro, o qué piensa que debieran saber o estar atentos ahora mismo. La profecía no es necesariamente para la predicción del futuro (aunque esto frecuentemente sucede). Pablo describe algunos de los usos de la profecía al decir en 1 Cor. 14, 3: “el que profetice habla a los hombres por su edificación, ánimo y consuelo”. Es Dios hablando ahora, a su pueblo, palabras que están previstas a revelar su actitud presente.

Hoy la gente usa el término profecía en muchos sentidos diferentes. A veces es usada para describir cualquier enunciado de mensaje de Cristo para el mundo. Cuando la palabra es usada en este sentido, la enseñanza es un tipo de profecía. Cuando un sacerdote o ministro enseñanza, por ejemplo, él está ejerciendo un rol profético. Otro uso popular del término “profecía” es considerarla como una lectura de los signos de los tiempos o juicio de la situación actual. Hay muchos hoy que se considerarían a sí mismos como ejerciendo un rol profético porque condenan muchas situaciones actuales en el nombre de lo que Cristo ha revelado.

Sin embargo, cuando Pablo está usando el término “profecía”, éste probablemente está usándolo de una manera que no incluiría la enseñanza o juicio de la situación actual. Él se está refiriendo al tipo de enunciado que ocurría cuando uno de los profetas en Antioquía declaraba que Pablo y Bernabé iban a ser separados para la obra apostólica (Hechos 13, 2), o cuando Ágabo predijo que habría una gran hambruna (Hechos 11, 28), o cuando Ágabo predijo cómo Pablo sería tomado prisionero (Hechos 21, 11). Estas profecías fueron dadas como mensajes de Dios. Son dadas en las palabras de Dios (el enunciante habla en primera persona). Que éstas son más que solamente discursos humanos está indicado por la precisión de las predicciones y por el hecho que el profeta da directivas de Dios, algo que sería una pura presunción si es que Dios mismo no estuviese hablando. Está claro que no todas las profecías son así. El libro de Hechos solamente reporta algunos de las más extraordinarias profecías, pero éstas son suficientes para indicar que cuando el Nuevo Testamento habla de profecía, usa la palabra en un sentido especial para indicar mensajes directos de Dios.

Pronunciar una profecía es más que una persona tan sólo diciendo algo que sucede estando en su mente como un mensaje de Dios. El profeta recibe una “unción” especial, una urgencia para hablar. Se da cuenta que tiene un mensaje de Dios, aunque frecuentemente no sabe lo que es hasta que en efecto se rinde a Dios y comienza a hablar. Hasta el grado en que se rinda a Dios, hasta ese grado su mensaje será puro. Un mensaje profético es diferente de una enseñanza. Un hombre da una enseñanza con su entendimiento. Él ve la verdad de lo que ésta diciendo. Un profeta podía no entender lo que está diciendo, puede nunca “ver” que esto es un mensaje de Dios ahora mismo.

La profecía puede ser muy eficaz para edificar la comunidad cristiana. Está claro desde 1 Cor 14 que la profecía era muy común en la Iglesia Primitiva. La Iglesia en Corinto aparentemente tenía tantos mensajes que allí tenía que haber orden para darlos (1 Cor 14, 29-32). Cuando una profecía es dada en una reunión de cristianos, tiene un efecto poderoso en llevarlos a Dios y para profundizar su sentido de la presencia de Dios. Las profecías son también una manera eficaz para que Dios dirija a su pueblo. Una vez durante nuestra labor en el campus, Dios predijo a través de la profecía que tendríamos un cambio mayor en nuestra situación (abandonando una posición y mudándonos a otra), que él comenzaría pronto a traer a mucha gente a las asambleas de oración en Ann Arbor y por todo Michigan, que él nos daría un periodo de pruebas, que él terminaría aquel periodo de pruebas y de nuevo traería a mucha gente y a una vida más profunda en el Espíritu. Cada vez, las profecías resultaron ser literalmente ciertas, y la guía dada en las profecías sobre cómo confrontar estas situaciones por venir resultó ser de una gran ayuda.

Hablar en lenguas puede ser dos cosas diferentes. Primero que todo, puede ser un don de oración para un individuo (1 Cor. 14, 14). Este es el don más común de lenguas, pero no profundizaré aquí. Hablar en lenguas también puede ser un don para la comunidad cuando el Espíritu urge a alguien a declarar a viva voz para la comunidad. En este caso, el hablar en lenguas debería tener una interpretación, para que toda la comunidad pueda entender qué está sucediendo. La experiencia de dar interpretaciones es similar a la experiencia de la profecía. El intérprete, como el enunciante en lenguas, no entiende las lenguas (1 Cor. 14, 2.14). En otras palabras, el don de la interpretación no es un don de traducción. Es una urgencia de decir palabras que son dadas.

Hablar en lenguas significa sencillamente hablar en idiomas. Como queda claro a partir de Hechos y 1 Cor. 12-14, era común para el Espíritu dar a los cristianos otros idiomas que hablar que no entendiesen. Y aún es común hoy. Estaba hablando con un hombre hace aproximadamente hace un año y medio quien me contó una experiencia que había tenido un par de años atrás. Iba con un coro a una iglesia a hacer una puesta en escena, y muchos de los miembros del coro habían recibido el bautismo del Espíritu. Durante el concierto, en un momento de silencio, uno de los miembros del coro habló en lenguas y luego otro dio la interpretación. El resto del coro estaba avergonzado porque temían que la audiencia no entendería. Pero resultó que apenas luego, el pastor de la iglesia se volvió hacia la directora del coro y le preguntó si conocía al hombre que había hablado en lenguas y al hombre que había interpretado el mensaje.

Cuando ella respondió que sí, le preguntó si sabían hebreo. Cuando ella respondió que no, le dijo que él sabía hebreo y que el primer hombre había dado un mensaje en perfecto alto hebreo, y que el segundo hombre había dado una traducción casi literal del mensaje. Era suficiente para convencer al pastor de la validez del don de lenguas.

El Propósito de los Dones Espirituales

Hay más obras del Espíritu que aquellas que Pablo enumera en 1 Cor. 12, 4-11. Pero éstas son suficientes para darnos una idea de lo que los dones espirituales pueden ser. En una comunidad en la cual los dones espirituales obran, los cristianos son mucho más vividamente concientes de la presencia y poder de Dios.

Pablo dice en 1 Cor 12, 7: “A cada cual es dada la manifestación del Espíritu para el bien común”. Otra traducción podría ser que a cada cual es dada la manifestación del Espíritu para la utilidad. Los dones espirituales tienen un propósito muy pragmático. Éstos son dados para edificar la comunidad. Esta es la diferencia entre los siete dones y los nueve dones carismáticos. Los siete dones son dados con el Espíritu para la edificación del individuo, de su relación con Dios. Los dones carismáticos son dados para que el individuo pueda hacer algo para la comunidad.

Un término que Pablo usa para describir los dones es “servicio” (1 Cor 12, 5). Fijándose en esta perspectiva los dones son un servicio para la comunidad. De hecho, el término “don” es algo engañoso. Los dones no son dones para el individuo cristiano. Éstos son dones *a través del* individuo cristiano para la comunidad. Para el individuo cristiano son un servicio, un servicio que él puede realizar para la comunidad. Cuando él mismo se hace disponible a Dios para ser usado, él realiza un servicio para la comunidad.

No es accidental que la idea del “cuerpo de Cristo” se encuentre en el Nuevo Testamento en su fecha más temprana en pasajes que tratan principalmente de los dones carismáticos (1 Cor 12 y Rom 12). La misma idea probablemente vino primero a Pablo o a algún cristiano primitivo cuando estaba tratando de explicar cómo los dones espirituales operaban en una comunidad cristiana, en una iglesia local. “Todos éstos son inspirados por uno y el mismo Espíritu, que reparte a cada uno individualmente como quiere. Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, aunque muchos, son un cuerpo, así es con Cristo” (Rom 12, 4). En otras palabras, en la Iglesia, diferentes cristianos son los canales para diferentes dones. Uno profetiza, otro sana, otro habla en lenguas. Y sin embargo todas estas cosas son la obra del Espíritu, y todas ellas obran juntas para la edificación de la comunidad. Se parece mucho a los diferentes miembros del cuerpo.

Queda claro que en 1 Cor. 12-14, Pablo está tratando de enseñar a los corintios cómo usar los dones espirituales con amor, en armonía, sin envidia, celos o conflicto. Nadie está para envidiar al otro, o desdeñar al otro, sino que están para ser tan concientes de su dependencia unos de otros como miembros diferentes de un cuerpo. Pero al argumentar esto, Pablo expone de

una manera vívida la importante verdad sobre los dones carismáticos: que están para la edificación de la comunidad. Éstos no están en principio para el beneficio de un individuo, sino que están para el beneficio de toda la comunidad cristiana. Son la manera en la que un individuo puede realizar un servicio para la comunidad, poniéndose a sí mismo a disposición de Dios para ser usado en una de sus “obras”.

Los dones carismáticos, entonces, están previstos para equipar a un cristiano para el servicio en la comunidad. Están previstos para equiparlo con el poder de Dios para que él pueda obrar en la comunidad con la capacidad dada por Dios para fortalecer la comunidad. Aquello es por qué Pablo acaba el capítulo 12 con el párrafo sobre los apóstoles, profetas, maestros, obradores de milagros, ministros de sanación, ayudantes, administradores, y enunciantes en varias clases de lenguas. Éstos son los diversos servicios que los cristianos pueden realizar en la comunidad. Son posiciones estables dentro de una comunidad. Pero para que una persona realice verdaderamente una de éstas funciones con el poder de Dios, debe tener los dones espirituales que lo equipen para hacer lo que se exige de estas posiciones. En otras palabras, cualquier comunidad cristiana necesita cierto número de funciones a realizarse, y Dios ofrece poder espiritual –equipamiento espiritual- mediante los dones espirituales para aquellas funciones a realizarse. Además, todo el propósito de dar los dones espirituales es para que un individuo cristiano pueda estar listo para realizar un servicio, para llevar a cabo una función dentro de la comunidad.

Una manera de resumir los dones espirituales es decir que los dones espirituales son como herramientas o recursos. Son el equipamiento de Dios para la obra que él ha dado a los cristianos para hacer en el mundo. Los cristianos necesitan el poder de Dios para hacer la obra de Dios, ya que la obra de Dios es algo más allá de la capacidad humana. Los dones espirituales son la dotación de poder de los cristianos para hacer la obra de Dios: para enseñar, declarar su mensaje, y realizar signos de su presencia. Ellos son el obrar del Espíritu Santo a través de los hombres para renovar la faz de la tierra.

Los Dones Espirituales y la Santidad

Extraño como puede parecer, antes de relacionarme con la renovación carismática, nunca se me ocurrió en lo absoluto que 1 Cor 13 viniese entre 1 Cor 12 y 1 Cor 14. Suena obvio cuando lo dices de esa manera, pero nunca había pensado en ello. No solía leer el capítulo 13 en su contexto en Primera de Corintios. Como la mayoría de cristianos, conocía el capítulo 13 como el gran himno al amor. Pero no me daba cuenta que Pablo escribió aquel capítulo para explicar a los corintios cómo usar los dones espirituales. No me daba cuenta que todo el argumento del capítulo era decir que los dones espirituales están para ser usados de una manera amorosa para edificar a la comunidad. Primera de Corintios 13 contiene mucha sabiduría que es importante para la comprensión apropiada de los dones espirituales. También es frecuentemente mal entendido porque no se lee en el contexto. Pablo comienza diciendo: “Si hablase en la lengua de los hombres y ángeles pero no tengo amor, soy un tambor que resuena o un címbalo que retiñe. Y si tengo poderes proféticos y

comprendo todos los misterios y todo el conocimiento, y si tengo toda la fe como para remover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. Si regalo todo lo que tengo, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, no gano nada”. En esta sección de apertura, Pablo no está minimizando los dones espirituales en lo absoluto. Incluso él no está diciendo que los dones espirituales son despreciables si no tengo amor. (Una sanación por el poder de Dios es, después de todo, una sanación por el poder de Dios). Más bien él está diciendo que Yo no soy nada si no amo. Él está haciendo una sencilla argumentación de una manera convincente, a saber, que hay una diferencia entre poder carismático y santidad, y que la santidad, no el poder carismático, es la medida de una persona.

Jesús hace la misma argumentación en un pasaje en el capítulo séptimo de Mateo. Él dice: “No todo el que me dice, ‘Señor, Señor’, entrará en el reino de los cielos, sino aquel que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos. En aquel día muchos me dirán, ‘Señor, Señor, ¿no profetizábamos en tu nombre, y echábamos demonios en tu nombre, y hacíamos muchas obras poderosas en tu nombre?’ Y entonces les declararé, ‘Nunca los conocí. Apártense de mí, ustedes hacedores de mal’” (Mt 7, 21-23). Este es un pasaje que se me aclaró por completo con una fuerza nueva luego de relacionarme con la obra nueva del Espíritu, porque hallé que podía tomarla muy literalmente. Lo que Cristo está diciendo es aleccionador. Él no está diciendo que ellos no profetizaran o echaran fuera demonios o hicieran milagros en su nombre. Más bien, él está diciendo que esto no es lo que hace a un hombre un genuino discípulo suyo (alguien a quien él “conozca”). Lo que hace a un hombre un discípulo genuino suyo es hacer la voluntad de su Padre: vivir en santidad.

No es infrecuente para alguien, cuando lee la exhortación de Pablo en 1 Cor 12, 31 el “desear ansiosamente los dones más elevados”, al decir que el don que quiere es el amor. Pero decir aquello o describir al amor como el “mayor de todos” es o bien olvidar el punto u obscurecer lo que Pablo está diciendo. En esta sección, Pablo no considera al amor uno de los dones espirituales. Más bien, él lo llama “un camino”. Y en Gálatas 5, 22 lo describe como un fruto del Espíritu junto con el “gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, gentileza y autocontrol”. En otras palabras, el amor no es uno de los dones espirituales, una de las herramientas para edificar la vida de la comunidad cristiana. Es la vida misma de la comunidad en sí. Es el camino en el que el cristiano debe caminar. Es a lo que el cristiano debe apuntar.

Al decir que Pablo no describe el amor como un don no es decir que no hay sentido en que el amor sea un don. El amor es el efecto del Espíritu Santo viviendo en nosotros. Pablo expresa la idea al usar el término “fruto del Espíritu”, o algo que crece en la vida de una persona a partir de vivir la vida del Espíritu. Pero el amor no es un don en el mismo sentido en que la profecía o sanación lo son. Una persona puede profetizar o sanar sólo al dejar al Espíritu obrar a través de ella. Pero ésta ama mediante el crecimiento en la santidad, mediante la rendición de su corazón y voluntad a Dios, mediante el crecimiento hacia la madurez del carácter cristiano.

Hay una relación entre la santidad y los dones espirituales. Los dones espirituales no son una señal de santidad. Éstos no son insignias al mérito por los logros espirituales. Más bien son un equipamiento para obrar en la edificación de la comunidad cristiana en santidad. Éstos son frecuentemente dados a los principiantes para que aquel crecimiento sea posible para ellos y también para la comunidad de la que éstos son parte. Quizás las obras más extraordinarias del Espíritu son solamente confiadas a aquellos que son más maduros en su carácter cristiano, pero todo lo de Primera de Corintios 12-14 es instrucción para el uso de los dones espirituales para los cristianos que necesitan un mucho mayor crecimiento en el amor.

Buscando los Dones Espirituales

Pablo dice al principio de 1 Cor. 14, “Hagan del amor su meta y ansiosamente deseen los dones espirituales, especialmente que puedan profetizar”. Esta es la segunda vez que él urge a los corintios a “ansiosamente desear” los dones espirituales. Él tiene una actitud que es muy diferente de aquella de muchos cristianos modernos que son frecuentemente reacios a tener los dones espirituales. Pablo llega tan lejos como para ordenar a los corintios buscar los dones espirituales.

La actitud de Pablo hacia buscar los dones espirituales tiene mucho sentido si entendemos para qué son los dones espirituales. Si ellos son realmente el equipamiento de Dios para la edificación de la Iglesia, son verdaderamente valiosos de poseer. En estos días, cuando la Iglesia parece estar perdiendo lugar en el mundo, y cuando gran parte de la vida de la Iglesia parece estarse debilitando y perdiendo vitalidad, el poder de Dios es necesario desesperadamente. No tendría sentido para un carpintero adelantarse a un martillo e intentar usar su puño, o para un escritor adelantarse a un lapicero o una máquina de escribir. Ellos saben que los necesitan para su eficacia en su trabajo. Y nosotros necesitamos de los dones espirituales, porque necesitamos de la plenitud del obrar de Dios entre nosotros, la plenitud del poder que él pondrá a nuestra disposición.

La Escritura no dice mucho sobre cómo una persona puede obtener los dones espirituales. Pero el consejo de buscar los dones es un verdaderamente excelente consejo sobre cómo obtenerlos. Quizás el mayor obstáculo para nuestra posesión de los dones es no estar abiertos a ellos, no quererlos. Hay, creo, un par de razones de por qué es así. Una de ellas es el miedo de Dios. Mucha gente no quiere a los dones espirituales porque ponen a Dios demasiado cerca para la comodidad. Es una cosa pensar en Dios en el cielo o como el creador. Es incluso seguro pensar en su providencia, porque aquello significa que todo es obrar de Dios, y no hay necesidad de confrontar directamente a Dios fuera de lidiar con las cosas. Y es seguro pensar en él hablando en las Escrituras, porque podemos leer aquellas cuando queramos y absorberlas cuando queramos. Pero cuando Dios comienza a sanar a mi vecino de la puerta de al lado y hablándome en profecías, es algo más aterrador. Aquello significa que tengo que confrontar a Dios más inmediatamente que alguna vez antes, y podría volverse obvio que no me he sometido plenamente a él.

Otra razón para no querer los dones espirituales es el deseo de hacer las cosas por nosotros mismos. Ser usado para un don espiritual implica rendirse a Dios y dejarle obrar a través de ti. Hay cierta abnegación implicada. Hay una rendición de control y devaluación de mis capacidades naturales. Parece algo menos glorioso dejar a Dios obrar a través de mí para convertir al mundo que realmente salir y convertir al mundo por mí mismo. Ser el instrumento de una obra de Dios es algo humillante, y nosotros frecuentemente tenemos una resistencia interior a ser humillados.

Otra pista que Pablo da para obtener los dones espirituales está en Gal 3, 5, en donde Pablo hace a los gálatas la pregunta: “¿El que les provee el Espíritu a ustedes y obra milagros entre ustedes lo hace por las obras de la ley, o por escuchar con fe?” Él aparentemente se está refiriendo a una experiencia común de los gálatas, porque está usando la experiencia de ver milagros mediante la fe como una prueba de que no es la ley la que justifica a un hombre.

La fe, entonces, es un medio para obtener los dones espirituales, quizás *el* medio. La fe significa que sabemos, antes que todo, que estas cosas son posibles, porque somos conscientes de que Cristo nos las prometió. Y luego quiere decir pedir con expectación, estando dispuestos a contar con ellos sucediendo. Pedro nunca habría caminado sobre las aguas si no hubiese tenido suficiente fe para realmente avanzar sobre éstas. Y él dejó de caminar sobre las aguas cuando empezó a mirar el viento y las olas, y comenzó a tener miedo de que ya no siguiera sucediendo.

Dios tiene mucho guardado para nosotros, mucho de lo que realmente necesitamos. Pero debemos estar plenamente abiertos a él. Necesitamos estar listos para todo lo que esté dispuesto a hacer, de hecho ansiosamente deseando que él haga más y más entre nosotros, para que él crezca y nosotros disminuyamos. Necesitamos tener fe, fe en que sus promesas aún son buenas. Entonces comenzaremos a ver los dones espirituales apareciendo entre nosotros y en nuestras propias vidas.

¿Por qué Ahora?

Algunos cristianos no encuentran difícil creer en que Dios sí da profecías y milagros, discernimiento de espíritus y sanación. Pero no esperan verlos en torno suyo comúnmente. El santuario de Lourdes y grandes evangelistas como Kathryn Kuhlman quizás, pero no mi vecino de la puerta de al lado con la voz áspera y con el hábito irritante de azotar la puerta de la cochera. Un profeta debiera tener cierta apariencia profética, y un obrador de milagros debiera tener ciertamente una especie de brillo.

Hay algo nuevo respecto al nuevo movimiento del Espíritu que es diferente de a lo que los cristianos han estado acostumbrados. Es nuevo no debido a los dones espirituales, sino porque los dones espirituales parecen ser dados mucho más frecuentemente, y a gente ordinaria –no solamente monjes, evangelizadores y monjas- sino a obreros y amas de casa, abogados y

estudiantes. Éstos están siendo dados ahora. De hecho, se están dando en gran medida del mismo modo que eran dados a los cristianos en los tiempos del Nuevo Testamento. ¿Por qué ahora?

Los Padres de la Iglesia notaron en el siglo cuarto que parecía haber una diferencia entre su Iglesia y la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles en la frecuencia de los dones espirituales. Juan Crisóstomo en sus homilías sobre Primera de Corintios lo ponía de este modo:

Sí, la Iglesia era entonces un cielo. El Espíritu Santo reinaba como su maestro, e inspiraba directamente a cada uno de sus ministros. Hoy, no hemos sido dejados con más que los símbolos y signos de estos dones. De hecho, en nuestros mismos días presentes, también hablamos por turnos, dos o tres, y cuando uno se queda en silencio, el otro comienza. Pero esto es solamente el vestigio y memorial de lo que solía suceder.

Las razones que ellos daban para la partida de los dones espirituales en su época son también pistas de por qué están regresando a nuestra época.

La primera razón para la carencia de dones espirituales está dada por San Cirilo de Jerusalén en su obra en Primera de Corintios, Capítulo 14:

Cuando tengamos las disposiciones apropiadas de fe, esperanza, y caridad respecto a Dios y a nuestros hermanos. . . recibiremos una abundancia de los carismas de Dios.

Cirilo está diciendo que la desaparición de los dones espirituales es nuestra culpa. Carecemos de la disposición correcta para que Dios los haga posibles. Y esto es probablemente una razón de por qué los dones espirituales están volviéndose más comunes. Con más y más gente siendo bautizada en el Espíritu, ella está recibiendo una renovación en la vida del Espíritu de la clase que hace posible obrar mediante ellos del modo en que lo hizo para los primeros cristianos.

Una segunda razón para una ausencia de dones espirituales es ofrecida por San Juan Crisóstomo en su comentario sobre los Hechos capítulo 2. Su argumento era que los dones espirituales son dados por iniciativa de Dios y él los da en respuesta a diferentes necesidades. A lo largo de la historia de la Iglesia el Señor parece haber derramado los dones espirituales más en ciertas épocas que en otras. La Iglesia Primitiva experimentó una abundancia de dones, ya que en aquel tiempo el Señor estaba poniendo un fundamento. Durante los periodos de renovación y reforma de la Iglesia, los dones espirituales obraron con mayor frecuencia. El Señor parece estar incrementando su ocurrencia ahora porque nuestra necesidad de ellos es muy grande. Es obvio que estamos en una era de crisis para la Iglesia. La incredulidad está incrementándose en el mundo. Hay una pérdida de la fe dentro de la Iglesia. Los cristianos por todas partes se están inquietando, preguntándose en donde está Dios. La Iglesia necesita los dones espirituales ahora para dar encuentro al desafío de nuestra sociedad incrédula y tecnológica.

La última palabra debe ser: es un misterio. Pero como todo misterio cristiano, el hombre se adentra en él, y Dios se adentra en él. Si deseamos ver a Dios en acción del modo en que actuó en la Iglesia Primitiva, tenemos que profundizar en la vida del Espíritu. Si no lo hacemos, la ausencia de los dones de Dios en el mundo es nuestra culpa. Pero es también verdad que Dios no está atado por nosotros, y ahora mismo, casi a pesar nuestro, él está renovando a su Iglesia con poder espiritual para dar encuentro al desafío de esta era.